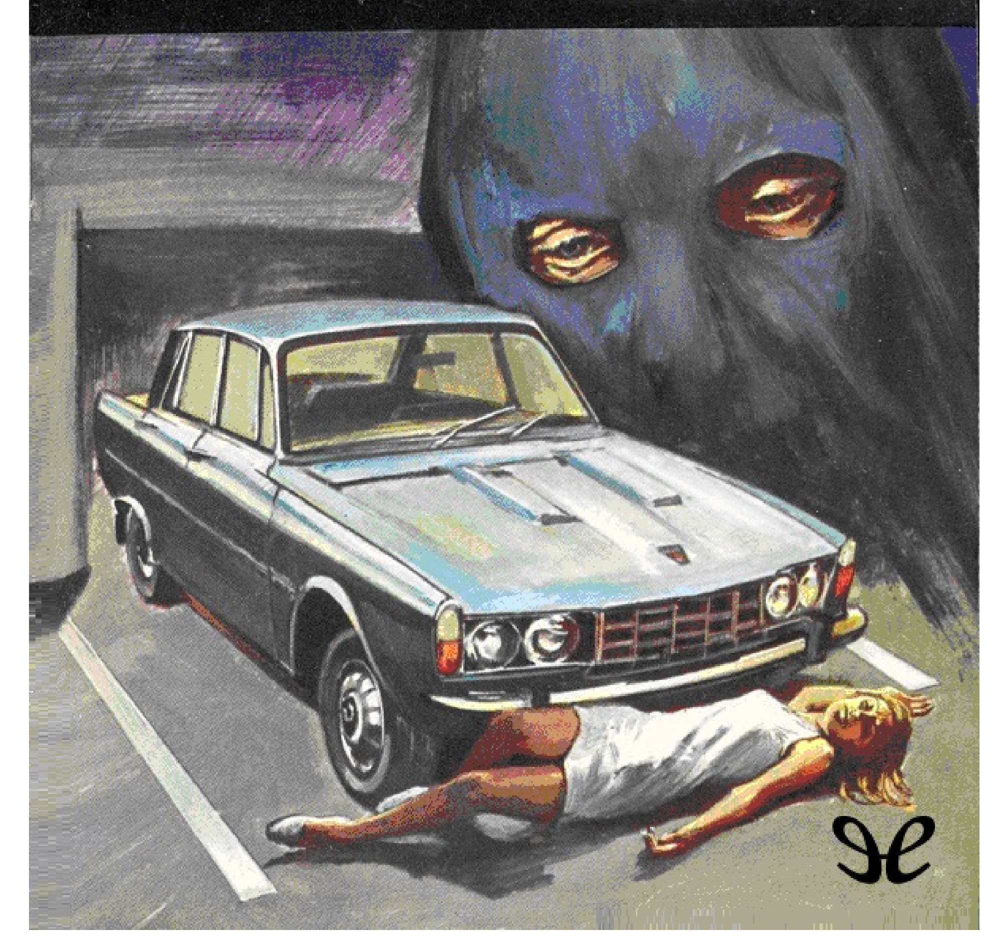
BOLSILIBROS
TERROR
SERIE
SELECCION TERROR

Selección
TERROR

EL PARKING

SILVER KANE



Nadie pasaba por allí. A lo lejos se oía por Whitechapel High Street el estrépito de un autobús urbano. De vez en cuando el petardeo de un taxi que descendía hacia el Támesis y la Torre de Londres. O el ruido de alguna ventana en la vecindad, en las habitaciones de los inmigrantes que se disponían a ir temprano a su trabajo.

Otto Fairbanks realizó con calma y pulcritud su siniestra tarea. Ni siquiera se puso nervioso cuando comprobó que un cuerpo humano tarda en desangrarse bastante más de lo que él había supuesto. En el fondo le divertía la idea de que era la primera vez que una mujer se desangraba en un control subterráneo de los teléfonos de Londres. Había sido original hasta en eso.



Silver Kane

El parking

Bolsilibros: Selección Terror - 111

ePub r1.3
xico_weno 05.12.17

Título original: *El parking*
Silver Kane, 1975
Ilustraciones: Jorge Núñez

Editor digital: xico_weno
ePub base r1.2




SELECCION
TERROR

Capítulo primero

Otto Fairbanks oyó los pasos de su víctima.

Whitechapel ya no era lo que fue, pero conservaba algunas esquinas solitarias, algunos callejones sombríos y algunos pasadizos donde se amontonaba la niebla. Conservaba también las tiendecillas donde se vendía ropa barata —a veces ropa usada—, los portales parecidos a túneles y algún que otro *pub* donde las noches de invierno se reunían los taxistas a hablar de crímenes. No. Whitechapel no era lo que había sido, pero seguía estando en el corazón peligroso de Londres.

Otto Fairbanks aguzó el oído.

Estaba seguro de que, por la hora, tenía que ser ella, Silvia Coster. Siempre iba por el mismo sitio para trabajar en el hospital, y su puntualidad resultaba cronométrica. El ruido peculiar de sus pisadas también lo tenía grabado en su cerebro. Silvia arrastraba un poco un pie, porque tenía el defecto de una pierna levísimamente más corta que otra, única cosa que enturbiaba un poco su fascinante belleza. Otto Fairbanks la imaginó mientras se acercaba; imaginó sus piernas, su busto, sus caderas ondulantes y graciosas…

De pronto la vio.

Caminaba muy decidida.

Seguro que dos horas más tarde, cuando abrieran el juzgado, ella le denunciaría por abusos deshonestos, pues dos veces había tratado de forzarla. Con la misma seguridad con que caminaba ahora, avanzaría hacia el oficial encargado de las denuncias: «Ha sido Otto Fairbanks, un vecino mío. Un anormal, un vicioso maniático, un peligro para la ciudad. Tienen que detenerlo». Sí, seguro que diría eso. Y la policía se enteraría entonces de que él ya estuvo dos veces en la cárcel por el mismo motivo. Se enteraría también de que era un fugitivo. Esta vez le caerían doce años,

contando por lo bajo.

Y Fairbanks no estaba dispuesto a pasarse doce años entre rejas. O aunque fueran nueve o diez, gracias a los indultos. No, no estaba dispuesto. Antes ajustaría las cuentas a aquella provocativa mala zorra.

Porque era ella la que buscaba que los hombres la mirasen.

Otto Fairbanks pensaba que todas las mujeres provocan.

Como una sombra salió de la esquina del callejón y preparó el cuchillo. Ella le vio sólo en el último segundo, sin tiempo para gritar, cuando ya la hoja de acero estaba en su garganta. De un solo tajo, Otto Fairbanks le desgarró el cuello casi de oreja a oreja.

Ella cayó suavemente.

Como si se desinflara.

Su bonito cuerpo no produjo más que un suave ruido de sedas.

Otto Fairbanks puso entonces en práctica la segunda parte de su plan. Obró con una rapidez endiablada. Aunque era un enfermo para las cuestiones sexuales, aunque se había pasado media vida en la cárcel por ese motivo, en lo demás demostraba una astucia de serpiente. Ya antes, había alzado la tapa de la conducción de teléfonos por la que tenía que introducir casi todo el cuerpo de la desgraciada muchacha.

Todo se desarrolló en cuestión de segundos.

Apenas Silvia empezó a sangrar por la espantosa herida cuando Otto la introdujo abajo en aquel hueco con tapa metálica parecido al de una alcantarilla. Allí dejó que se desangrara. Todos los conductos telefónicos que enlazaban aquella zona quedaron espantosamente teñidos de rojo.

Ella no lanzó apenas más que un leve estertor.

Nadie pasaba por allí. A lo lejos se oía por Whitechapel High Street el estrépito de un autobús urbano. De vez en cuando el petardeo de un taxi que descendía hacia el Támesis y la Torre de Londres. O el ruido de alguna ventana en la vecindad, en las habitaciones de los inmigrantes que se disponían a ir temprano a su trabajo.

Otto Fairbanks realizó con calma y pulcritud su siniestra tarea. Ni siquiera se puso nervioso cuando comprobó que un cuerpo humano tarda en desangrarse bastante más de lo que él había supuesto. En el fondo le divertía la idea de que era la primera vez

que una mujer se desangraba en un control subterráneo de los teléfonos de Londres. Había sido original hasta en eso.

Luego tiró hacia arriba del cuerpo de la muchacha.

Sus piernas largas y mórbidas le hicieron estremecer de deseo. Lástima que ella ya estuviera muerta. Si lo hubiera pensado un poco antes…

Con la máxima rapidez la arrastró hasta el coche que había robado media hora antes, un viejísimo «Renault Freegate» cuyo amplio maletero serviría estupendamente para sus fines. Introdujo el cuerpo allí, cerró y luego volvió sobre sus pasos. No había más que unas pequeñas manchas de sangre en las losas. En cambio el interior del orificio de teléfonos era la sucursal de un matadero.

Cerró la tapa, con lo cual ocultó la dantesca visión, y pensó que quizá transcurrirían meses antes de que alguien volviera a levantarla. Por aquel lado podía respirar tranquilo.

Luego miró el toldo de la tiendecilla junto a la que había estado oculto bastante rato.

También en eso estaba de suerte. Todo lo demás dependió de su habilidad, pero esto ya no. El toldo, ya muy viejo, había recogido en un hueco bastantes litros de agua de lluvia caída últimamente. Otto Fairbanks no tuvo más que bajar un poco aquel toldo y hacer que el agua se desplomara sobre las manchas de sangre de la acera. Éstas quedaron anuladas inmediatamente.

Luego se frotó las manos satisfecho.

Todo marchaba a pedir de boca.

Silvia Coster, que por dos veces le rechazó ásperamente, ya no le denunciaría nunca.

Puso en marcha el viejo «Renault» y bordeó el edificio de la Bolsa para dirigirse al Strand, desierto a aquella hora, cruzando a continuación el Támesis por las cercanías de *Charing Cross*. Poco más allá estaba la enorme fábrica de electricidad, cuyas chimeneas dan un perfil inconfundible a la zona de Chelsea. Otto rodó a la derecha de aquella mole y se detuvo en un solar donde estaban realizando obras, a muy poca distancia de un edificio donde se leía: «Clínica Oncológica del doctor Bunsen».

Él no sabía lo que significaba la palabra «Oncológico», que además le tenía sin cuidado.

Pero había elegido cuidadosamente aquel sitio porque en el solar

estaban realizando unas obras de cimentación, y eso significaba que cubrirían para siempre cualquier cosa que allí se depositara. Con el máximo cuidado, y amparado en las sombras, arrastró el cuerpo exangüe y lo depositó en uno de los hoyos. Luego lo cubrió con tierra cuidadosamente.

Estaba bien claro que los hoyos serían rellenados con cemento a presión la mañana próxima. Desaparecería hasta el recuerdo de Silvia Coster.

Se llevó el «Renault» de allí y lo abandonó en el extremo opuesto de Londres, tras cerciorarse de que no había manchas de sangre en el interior. Cuando volvió a su apartamento alquilado en el propio Whitechapel, muy cerca de donde había cometido el crimen, era ya pleno día. Las calles estaban llenas de hindúes, de pakistaníes, de negros procedentes de Kenia, Tanzania y Uganda, de turcos con ojos brillantes y de nostálgicos yugoslavos rubios; Whitechapel, barrio de inmigrantes, adquiría su fisonomía de siempre.

Otto Fairbanks durmió tranquilo, como un rey, con la satisfacción del deber cumplido.

Su tranquilo sueño se prolongó hasta bien entrada la mañana siguiente. Más de veinticuatro horas.

Cualquier psiquiatra sabe que, en los asesinos maníacos, la ejecución del crimen produce un descanso, una relajación, que les hace dormir como el más poderoso sedante.

Otto era un hombre nuevo cuando se fue a un restaurante de la High Street y se atizó un almuerzo capaz de saciar a cuatro cocheros. Por algo había robado trescientas libras a una vieja dos noches antes, tras fingir que se enamoró de ella. Recordar la carne flácida de la vieja aún le daba asco, pero en cambio tuvo que reconocer que la comida era estupenda.

Luego fue tranquilamente al solar donde depositó el cuerpo sin vida de Silvia. Quería asegurarse de que el hueco donde la hundió se encontraba ya bien relleno de cemento.

Encendió voluptuosamente un cigarro mientras se acercaba con el aspecto indolente del que no tiene nada que hacer.

Y entonces quedó de piedra. Quedó helado.

La sangre pareció dejar de circular por sus venas.

Porque los pequeños huecos que él había visto en el solar el día

antes eran ahora un hueco inmenso, enorme, que casi tocaba los cimientos de la clínica contigua. Lo que él tomó como orificios para la cimentación eran sólo el principio de una excavación mucho más profunda. Sencillamente, toda la tierra había sido removida.

Y sin embargo, no había allí la menor señal de alarma. Ni un policía que vigilase. Ni un obrero que hablara con sus amigos. Ni un inspector. Nada.

Otto Fairbanks se acercó a un individuo que parecía anotar medidas en un plano. Le preguntó con voz temblorosa:

—Por favor, ¿qué hacen aquí?

—¿No lo ve? Un *parking* subterráneo.

—Gracias —dijo Otto angustiosamente—. Mu… muchas gracias.

Y se alejó arrastrando los pies. Porque había algo que le seguía helando la sangre en las venas.

Si nadie había descubierto el cadáver, ¿dónde se encontraba éste? ¿A qué sitio había ido a parar? ¿Dónde infiernos estaba la muerta…?

CAPÍTULO II

El médico dejó el estetoscopio sobre la mesa, echó una última ojeada al resultado de los análisis y murmuró:

—Su caso es más bien de tipo moral, señor Otto Fairbanks. Por los resultados de los análisis que veo aquí, usted goza de una perfecta salud física; es decir, su sangre, su orina y demás tienen una constitución perfecta. Y sin embargo, basta verle para darse cuenta de que está usted muy deprimido, muy… muy alterado. El electrocardiograma también denuncia serias alteraciones en la marcha del corazón, y esas alteraciones sólo pueden deberse, por lo que veo, a alguna profunda crisis de tipo psicológico. ¿En qué trabaja usted, señor Fairbanks? ¿O acaso lo han despedido de su empleo?

Era el segundo médico caro a que iba el asesino en el plazo de dos meses, porque a Fairbanks no le faltaba dinero. Mientras en Londres hubiera viejas repulsivas dispuestas a dejarse acariciar el lomo por un joven, a él no le faltaría pasta. Pero lo que le ocurría era otra cosa, una cosa más sutil, más misteriosa, más difícil de explicar. Esa otra cosa quizá tenía un nombre, al fin y al cabo. Quizá se llamaba miedo.

—No, no me han despedido de mi empleo —dijo confusamente.

—¿En qué trabaja usted?

—Soy representante. Hoy vivo aquí, mañana allá…

—¿Disgustos sentimentales?

—No, ninguno.

—Bueno, pues entonces quizá le afecte la soledad de las habitaciones del hotel, señor Fairbanks. Ya me ha dicho usted al principio de la entrevista que es soltero, y a veces la falta de una persona querida al lado perturba gravemente. Pero ése es un problema que debe resolver usted, no yo. Tome estas pastillas, que

son un magnífico equilibrador mental, y vuelva a verme dentro de un mes. La enfermera le cobrará los honorarios.

Buenas tardes.

Y el médico se desinteresó de él. Cinco minutos después, Otto Fairbanks, el asesino a quien hubiera debido buscar toda la policía de Londres y a quien sin embargo no buscaba nadie, se encontraba de nuevo en la calle, frente a los árboles de Green Park acariciados por la lluvia. Iba tan distraído que un «Austin» negro estuvo a punto de atropellarle.

Luego atravesó el parque oyendo como un rumor furtivo sus propios pasos, teniendo la absurda sensación de que los pasos de la muerte le perseguían. Por fin volvió como una sombra a su apartamento que estaba casi enfrente del de la difunta Silvia Coster.

Como había hecho docenas de veces, contempló a través de la estrecha calle la ventana correspondiente al apartamento de la muchacha. Cuando él se instaló allí, a veces Silvia se desnudaba ante la ventana, sin darse cuenta de que podía ser observada, y Otto Fairbanks la deseaba con toda la rabia de su anormalidad. Aquel hueco entre dos paredes había llegado a ser una obsesión para él, y ahora seguía siéndolo aunque por otros motivos: no se veía a nadie. El cristal, durante aquellos dos meses, se había ido volviendo opaco a causa de la suciedad. Jamás se encendía una luz en el apartamento. Y en la vecindad nadie hablaba de Silvia Coster, como si dieran por supuesto que se había fugado con alguien.

Otto Fairbanks estuvo largas horas mirando aquel hueco.

El corazón le palpitaba con tal fuerza dentro del pecho que llegaba a hacerle daño.

Ahora se daba cuenta de que aquello era de verdad una obsesión para él, de que le estaba poniendo enfermo. Pensó, como había pensado ya cien veces, que tenía que mudarse a otro sitio, pero aquella ventana le fascinaba como a un vampiro le fascina su propio ataúd.

Sabía que jamás podría moverse de allí mientras no supiera lo que había sido del cadáver de Silvia Coster.

Con los hombros hundidos y arrastrando los pies como un enfermo, fue al bloque de apartamentos en que su víctima había vivido. Era la primera vez que se atrevía a hacer una cosa así. Pero la obsesión era tan fuerte que no le quedaba ya ni voluntad para

controlar sus actos.

El edificio de apartamentos era anónimo, gris e impersonal, como todos los hormigueros humanos que se construyen ahora. Un piso más arriba había una pequeña oficina de un agente de seguros de entierros, y Fairbanks fingió que iba allí. Pasó por delante de la puerta en que había vivido Silvia.

Una serie de sobres y papeles asomaban por debajo de la hoja de madera. Fairbanks se atrevió a tirar de uno de ellos y vio que era un aviso diciendo que le cortarían la luz por falta de pago. Descendió al portal y miró de soslayo el buzón: allí se amontonaban cartas y cartas recibidas durante dos meses sin que nadie las abriera.

Otto Fairbanks sintió que un sudor helado bañaba sus sienes.

Había una conclusión que para él era absolutamente segura: En las obras del «*parking*» tenían que haber encontrado el cadáver.

Partiendo de esa base, que a él le parecía absolutamente indudable, quedaba una segunda conclusión: la policía, no sabiendo quién era el asesino, había decidido ocultar el asunto y dejar cuerda al culpable para que él mismo se delatase. Lo que él acababa de hacer, por ejemplo —ir al domicilio de la víctima—, era seguramente lo que la policía estaba esperando.

Otto Fairbanks echó casi a correr por la húmeda calle, bajo las ráfagas de lluvia, como si alguien le persiguiese. Estaba aterrorizado ante la equivocación que acababa de cometer.

Pero no, nadie venía tras él.

Aquello tampoco encajaba.

Lo primero que hace la policía cuando tiene «fichado» un domicilio, es vigilar la correspondencia y hacer en él alguna discreta incursión de vez en cuando. Y la verdad era que en dos meses no se había encendido allí ninguna luz ni se había abierto una carta. Era lo más extraño del mundo.

El asesino sintió que la obsesión le ahogaba, que llegaba a paralizarle los nervios.

Y entonces vio ante sus ojos el clásico farol azul que acababa de encenderse. Era una comisaría de barrio. Otto Fairbanks tragó saliva.

Seguro que jamás había ocurrido nada semejante: que el asesino acudiera a la policía a pedir noticias de su víctima.

Pero él lo hizo. Se encontró de pronto, sin saber cómo, en aquel

pasillo en que por su propia voluntad no hubiera debido poner los pies jamás. Un sargento le miró con expresión ausente. Le invitó a sentarse.

«Ya he metido la pata —pensó angustiosamente Fairbanks—. Esto es lo que ellos esperaban. Estoy perdido… Perdido… Basta con que revisen los antecedentes para…».

Pero en una simple comisaría de barrio no tienen antecedentes, y además el sargento no le miraba precisamente como a un sospechoso. Se limitó a preguntarle:

—¿Viene a presentar alguna denuncia?

—Sí, una denuncia.

—¿Por qué? ¿Sobre qué?

—La desaparición de una mujer.

—¿Pariente suya?

—No. Simple vecina. Pero es que me extraña no verla hace tanto tiempo, sin razón alguna. Se trata de una enfermera que…

—No se estará usted refiriendo a Silvia Coster…

Otto Fairbanks sintió que todo daba vueltas en torno suyo.

Tuvo que sujetarse a los bordes de la mesa para no caer.

Ahora sí que había cometido el más terrible error. Estaba perdido…, perdido…

Pero de todos modos se sorprendió oyéndose decir:

—Sí. Es ella.

—Bueno, en ese caso le diré que la portera ya presentó una denuncia hace cosa de quince días. Parece que la chica hace unos dos meses que falta de su domicilio sin razón alguna.

—Sí. Dos meses… justamente.

—¿Cómo lo sabe con tanta precisión?

—Nos cruzábamos cada día en la calle. Y la chica me gusta…

—Ah, ya —dijo el sargento con una sonrisa comprensiva—. En ese caso me parece que las noticias van a ser malas para usted, porque lo más seguro es que se haya largado con alguien. Esas cosas son el pan nuestro de cada día.

—Pero ¿y si hubiese muerto?

—¿Morir? ¿Por qué?

—Un accidente, un crimen… ¡Yo qué sé!

—Bueno, en ese caso ya habríamos dado con el cadáver, puede estar seguro. Dos meses bastan para que un cuerpo salga incluso del

fondo del Támesis; y por otra parte, ahora no tenemos ningún cadáver sin identificar. Absolutamente ninguno. En este sentido puede estar tranquilo, señor… ¿Cómo ha dicho que se llamaba?

—No lo he dicho. Me llamo… Alexander. Pero no se preocupe, no quiero presentar la denuncia. Ha sido una tontería. Perdone. Adiós…

Y salió antes de que hicieran alguna comprobación acerca de su identidad. Una vez en la calle volvió a sentir vértigo.

Estaba seguro de que la policía no sabía nada. Pero entonces, ¿qué?

Como un sonámbulo, tomó un taxi y se hizo conducir a las cercanías del sitio en que dos meses antes depositó el cadáver. La verdad era que en ese tiempo no se había atrevido a acercarse por allí. Y le pareció que se trataba de un paisaje distinto, de algo que no conocía.

La clínica oncológica y los edificios colindantes estaban igual, pero el *parking* ya funcionaba. Una serie de coches entraban y salían de él, pues en la zona resultaba difícil estacionar. Junto a la rampa de entrada había un prosaico cacharro de control con un «*Stop*. Recoja su billete». El sitio en que él había dejado el cuerpo de Silvia quedaba ahora en el aire, justo entre la primera y segunda plantas. Por lo tanto, tenían que haber dado con él.

Un bocinazo le hizo dar un salto. Se había metido en mitad de la rampa, como un idiota. El coche pasó y el conductor le dijo algo grueso. Luego, Fairbanks se perdió entre las sombras.

Era como un extraño animal cada vez más acorralado en las calles de Londres.

El propio miedo que sentía lo hacía más peligroso, pues el miedo acentuaba su agresividad sexual. Todo aquel mejunje, cocinado en su mente enferma, se convertía en algo voluptuoso, y además le obligaba a buscar algo con que descargar sus nervios. Por un momento pensó en buscar alguna cortesana de precio fijo, de las que se mueven por detrás de Haymarket Street.

Pero su instinto desviado le hizo ir por otro camino. En uno de los recintos solitarios de Victoria Embankment encontró a una preciosa chica de unos diecinueve años que estaba cambiando la rueda de su coche. Con el pretexto de ayudarla, y tras haber cambiado unas cuantas palabras, Fairbanks se arrojó sobre ella.

Era como un lobo que ha salido de caza.

Necesitaba saciarse.

Y el sitio era excelente, porque nadie pasaba por allí. El propio coche le servía de pantalla. La muchacha, además, había quedado tan aturdida con el golpe que él le dio, que de momento no era capaz de gritar.

Los ojos de aquel hijo de perra se encendieron como dos bengalas. Puso las manos en ella.

Pero el puntapié que recibió en la nuca por poco le hace saltar los sesos por el centro de las orejas. Alguien acababa de llegar en dos saltos y no se andaba con remilgos. El segundo puntapié le llegó como una puñalada al centro de los riñones. Fairbanks, que no era un hombre demasiado fuerte, saltó hacia delante con un aullido de perro apaleado.

Entonces se volvió y pudo ver al que estaba dispuesto a sacarle el hígado por la boca.

Era un fulano alto, fuerte como un cátcher, con los hombros cuadrados y las manos de estrangulador. Su expresión, sin embargo, era tranquila, pacífica: casi la expresión de un intelectual. De no ser por los dos golpes terribles que le había propinado, se diría que no quería hacerle nada.

Pero avanzó de nuevo los puños hacia él.

Estaba dispuesto a estrujarlo.

Otto Fairbanks, como todos los maníacos sexuales, era un cobarde. Lanzó un gritito casi femenino y echó a correr a toda velocidad por la calle solitaria. Tuvo la suerte de que aquel gigante no le siguiera, porque si le atrapa lo mata. Por el contrario, el defensor de la chica se inclinó sobre ella y trataba de animarla:

—Por favor, ya todo ha pasado. Póngase en pie, señorita. No corre ningún peligro…

Fairbanks se encontró en Fleet Street sin saber cómo había llegado hasta allí. Caminaba igual que un borracho. Tomó el Metro cerca de Old Bailey, el viejo Tribunal londinense, y se apeó muy cerca de Whitechapel, donde vivía. Pero al llegar a su apartamento sintió que se le helaba otra vez la sangre en las venas.

El sargento con el que había hablado antes, estaba allí.

Le esperaba.

—Buenas noches, señor Fairbanks —dijo—. ¿Por qué me ha

dado antes un nombre falso?

—Yo… yo no le he… he dado ningún nombre falso. Alexander es… uno de mis nombres de pila. ¿Pero cómo… cómo sabe eso?

—He preguntado en la vecindad. No olvide que aquí acabamos conociendo a todo el mundo. Me han dicho que no tiene usted medios de vida, Fairbanks, y que de vez en cuando recibe por aquí a alguna vieja.

—Tiene razón. Soy un gigoló. Un macarra —reconoció él.

Después de todo, el instinto del policía quizá se daría por satisfecho con eso. Y, con un poco de suerte, por el solo hecho de ser macarra no te meten en la cárcel. Mientras no supiera todo lo demás…

Pero el sargento parecía preocupado por otras cosas.

—Voy a advertirle una cosa, Fairbanks —dijo—. No me dé ninguna preocupación o lo lamentará. Si encuentra alguna guarra que pague por estar con un cerdo como usted, no es asunto mío. Pero que no me entere yo de ningún robo, de ninguna paliza o de ningún escándalo, ¿entendido?

—Sí…, sí, señor.

—Y ahora vamos a lo que interesa. ¿Qué sabe usted de Silvia Coster?

—¿Yo? Na… nada. Lo que le he dicho.

—Ella era una chica bonita. Doy por supuesto que jamás le habrá pegado por sentir el dudoso placer de sus caricias.

—Nu… nunca la rocé siquiera.

—¿De veras?

—Se… se lo juro.

—Está bien. Por el momento voy a creerle, pero le diré dos cosas. Una de ellas le interesa a usted; la otra me interesa a mí.

—Di… Diga.

—Voy con la primera. Silvia no tenía novio. Trabajaba muchas horas en el hospital y su poco tiempo libre lo pasaba en la Sociedad Parapsicológica. Ya sabe usted lo que es eso: gente que cree en los fenómenos sobrenaturales, a los que busca una explicación científica. Según me han dicho, hay allí una respetable cantidad de brujas que creen en la resurrección de los muertos. Pero nada de cosa religiosa, ¿eh?; le hablo de la resurrección ahora.

Fairbanks se estremeció.

—¿Por qué me habla de eso? —preguntó.

—Porque usted me dijo que estaba interesado en esa chica y quiero que acabe de conocerla. ¿La acompañó alguna vez a las reuniones de esa sociedad?

—No. Cla… claro que no.

—Mejor, porque todos esos líos de muertos que resucitan a mí no me hacen ninguna gracia. Pero voy por la segunda cosa: si ve a Silvia Coster, si sabe alguna cosa de ella, por mínima que sea, me lo comunica en seguida. Es importante.

—Claro que lo haré si usted me lo ordena, sargento. Yo soy un escrupuloso cumplidor de la ley. Pero ¿por qué razón?

—Ha matado a una mujer.

—¿Que ha matado a… a… a… quién?

—A una mujer. El cadáver llevaba ya una semana en la habitación, pero lo hemos descubierto ahora. Ha sido Silvia Coster.

Fairbanks apoyó la espalda en la pared. Materialmente se caía.

Los ojos le hacían daño de tanto rodar en las órbitas.

Sentía una terrible opresión en el pecho, pero él no se daba cuenta de que se estaba ahogando.

—¿Cómo lo saben? —Gritó casi al fin—. ¿Cómo lo saben…?

—Muy sencillo —dijo el policía con un gesto de aburrimiento—. Tenemos las huellas dactilares de Silvia fichadas desde que cierta vez se vio envuelta en un accidente de tráfico. Y la habitación de la muerta estaba llena de esas huellas recientemente impresas, llena hasta el tejado. ¿Le parece poco…?

CAPÍTULO III

Ray entró tranquilamente en su despacho de Scotland Yard, se quitó la gabardina estilo Humphrey Bogart, que ahora volvía a estar de moda, y miró a través de la ventana el cielo encapotado y que volvía a amenazar lluvia. Luego se sirvió un café en la máquina automática y miró al vacío con expresión preocupada.

La noche anterior leyó una novela de aparecidos. Vampiros.

Fantasmas. Todas esas cosas en las que la gente no creía hace años y en las que de pronto ha vuelto a creer, porque cuanto más avanza la ciencia, más rincones oscuros deja a los lados. Además la novela estaba muy bien hecha. Llegaba a obsesionar un poco.

Una mano se posó entonces en su hombro.

Ray, pese a su imponente fortaleza, casi se sobresaltó.

—Ray…

Era la voz del superintendente Harrington.

—Ah, buenos días, señor.

—Parece como si te hubieras asustado un poco…

—Es que estaba algo distraído. Pensaba en mis cosas.

—Sí, ya veo que estás algo preocupado. En fin, vengo a darte una buena noticia; puedes hacer tus vacaciones ahora. Aunque el otoño no sea demasiado bueno, peor es hacerlas en diciembre, como temías.

Ray consiguió sonreír. Sus facciones pétreas se humanizaron un poco.

—Celebro que me las den ahora, señor. De verdad lo celebro. Precisamente iba a pedirlas.

—Supongo que te irás a Mallorca, ¿no? El otoño es bueno allí. Y un soltero como tú tiene dinero para eso.

—No, no me iré a España, señor. Me quedaré en Londres.

—¿Aquí? ¿Con este frío y con esta humedad? ¿Para qué?

—Voy a perseguir a un cerdo.

—¿A cuál de ellos? En Londres al menos hay diez mil.

—Un cerdo muy especial, uno que intentó violar ayer, en pleno Victoria Embankment, a una muchacha con la que me cruzo muchos días. Una mujercita por la que siento gran simpatía, pese a no haber hablado más que una vez con ella. Pero lo malo es que a ese cerdo lo tengo entre ceja y ceja; no sé por qué, pero me da aquí que he visto su ficha en alguna parte.

—¿Y vas a perder tus vacaciones en eso?

—No son perdidas. Estoy dispuesto a que ese maldito no ponga sus sucias zarpas sobre una chica nunca más.

El superintendente se encogió de hombros con discreta elegancia.

—Como tú quieras, Ray. A lo mejor descubres el caso del siglo. Suerte.

—Gracias, señor.

Y Ray volvió a descolgar su gabardina, puesto que ya nada tenía que hacer allí. Sus vacaciones empezaban oficialmente en aquel momento. Pero luego lo pensó mejor y fue a los monumentales archivos del New Scotland Yard.

Allí estuvo hasta el mediodía.

Centenares de fichas.

Miles de fichas.

Caras de depravados, de violadores, de exhibicionistas, de invertidos, de sobones de niñas, de pederastas, de proxenetas, de *voyeurs*, de sádicos, de todo lo que la parte sucia del sexo ofrece en la fauna humana y en una ciudad como Londres, donde el clima gris y propicio a las fantasías hace que los maniáticos abunden. Era ya la hora de comer cuando descubrió por fin la cara de pajarraco asustado y astuto de Otto Fairbanks.

Suspiró satisfecho.

Estaba seguro de que era él.

La ficha decía que había estado tres veces en la cárcel por abusos deshonestos, aunque tales abusos habían consistido en realidad en algo más serio: tentativas de violación. Vivía presumiblemente de ofrecer sus servicios como semental de ocasión a caducas damas que ya no encontraban otro consuelo. Era un indeseable desde los pelos de la cabeza a las uñas de los pies. Lo

que la ficha no decía, porque estaba incompleta, era que la última vez se había fugado de la cárcel.

Era una lástima, porque eso hubiera dado a Ray un motivo para detenerle inmediatamente y sin tener que molestar a Nora. Pero él no podía ni imaginar eso. Por lo tanto, descolgó el teléfono y marcó un número.

Una voz agradable le respondió.

—¿Sí?

—Nora, soy Ray. Estuve contigo cuando tuviste aquel tropiezo en Victoria Embankment.

—Por Dios, no me lo recuerdes.

—Es que he localizado al tipo. No sé si te darás cuenta, pero para mí ése es un asunto casi personal. Se trata de un cerdo que ya estuvo condenado por eso y que volverá a repetir sus golpes si no se le echa antes el guante. Me basta con una denuncia tuya para conseguir eso.

La chica vaciló al otro lado del cable.

—¿Tendré que declarar?

—Sí, eso es indispensable.

—¿Y habrá un juicio?

—También. Es lógico.

—Pues entonces, te lo suplico, Ray, déjalo. Puede ser peor el remedio que la enfermedad. Todo Londres podría enterarse de lo que ahora sólo sabemos tú y yo.

Él asintió con un gesto de desánimo, como si Nora pudiese verle.

—Sí, ya me hago cargo. No puedo obligarte, pero te aseguro que era un asunto personal porque… Porque… En fin, por nada.

Y colgó.

Una sombra de desencanto cubría sus facciones.

La reacción de Nora era muy humana y se había encontrado muchas veces con ella. De eso se fían la mayor parte de los que cometen abusos sexuales: de que las víctimas van a callar por vergüenza. Pero si aquel cerdo de Otto Fairbanks confiaba en eso, iba bien listo.

Caería con todo el equipo la próxima vez.

Por eso Ray se dispuso a buscarle. No era totalmente difícil, ya que en la ficha se indicaban los lugares que aquel bicho solía frecuentar en Londres.

Ray salió a la calle con los dientes preparados para morder; se perdió en la niebla.

* * *

A la mañana siguiente, Otto Fairbanks hizo algo que normalmente tampoco se hubiera atrevido a hacer. Pero estaba tan aterrorizado por lo que sabía que ya había perdido completamente el dominio de sí mismo. Fue a una agencia de alquiler de coches y alquiló con su propio nombre y documento de identidad un «Mini Cooper», pese a saber que no le convenía que su domicilio fuera conocido. Con el «Cooper» hizo algo muy sencillo: apenas recorrió cinco millas.

Se metió con él en el *parking*.

Nada más sencillo, más rutinario que aquel gesto repetido millones de veces en la gran ciudad. Nada de misterios, nada de alucinaciones del otro mundo. Dinero contante y sonante, eso era todo, «*Stop*. Recoja su *ticket*».

Vio que el *parking* estaba casi lleno, puesto que no resultaba demasiado grande. Había dos pisos. Fairbanks dejó el «Cooper» en el inferior y así pudo husmear en el primero, fingiendo que buscaba su coche.

Nada tan sencillo y tan elemental como aquel *parking* subterráneo. El segundo piso era de paredes lisas como la palma de una mano. En el primero, en la parte que correspondía a la vecindad de la clínica, también era completamente liso y macizo, si se exceptuaba un armario empotrado en el que se leía: «Herramientas». Fairbanks lo abrió disimuladamente y vio que, en efecto, era eso lo que contenía: especialmente dos gatos por si allí a algún cliente se le pinchaba una rueda.

El asesino entró y salió dos veces más con su coche. La chica que se encargaba de cobrar no le llamó la atención. Era una gordita inexpresiva y con la cara llena de pecas.

Cualquier relación entre la gordita y un misterio sobrenatural era bastante menos que una simple coincidencia.

Todo resultaba aburrido, normal.

Hasta los clientes.

Gente del barrio.

Comerciantes que iban a hacer gestiones y necesitaban un

aparcamiento rápido.

Alguna mujer que iba de compras.

¿Estaría aquel *parking* abierto en algunas viejas catacumbas? No había que olvidar que Londres, la vieja Londinium, fue durante bastante tiempo una ciudad romana. ¿Tendría aquel terreno alguna virtud sobrenatural?

Mandangas.

Ninguna de las veces en que Fairbanks entró o salió de allí observó la menor cosa que llamara la atención. Hacia las ocho, cuando salió por última vez, el *parking* estaba ya casi vacío.

Fairbanks se fue a un cine donde exhibían una película pornográfica. Era en el Windmill, el viejo *cabaret* cerca de Picaddilly Circus. Se excitó. A la salida, cerca de Regent's Street, encontró una cortesana. Era ya medianoche.

La cortesana tenía buena sonrisa. Buen cuerpo. Buen todo. Buen bolso, seguramente.

Con aquel palmito, era elemental que hubiese «trabajado» ya. A aquella hora debía llevar quizá cien libras encima. Fairbanks, que ya empezaba a ir mal de dinero, pensó que no sería tan difícil dejarla sin un níquel.

Se entendieron pronto. Ella no tuvo inconveniente en acompañarle en el «Mini» hasta su supuesto apartamento. Pero en realidad, Fairbanks no pensaba complicarse la vida yendo allí.

Fingió que vivía en Chelsea.

Cruzaron el Támesis.

Y se metió en el *parking*.

—¿Es que vas a dejar el coche aquí? —preguntó ella.

—Sí. Vivo al lado. ¿Te importa?

—¡A mí qué me va a importar…!

Para Fairbanks la cosa estaba clara. Un buen golpe en aquella oscuridad. Tirar del bolso.

Echar a correr. ¡Y que ella le persiguiese si podía…!

Había hecho aquello otras veces, especialmente en los inmensos parques de Londres.

Las prostitutas eran para él las víctimas más fáciles que existían.

La chica murmuró:

—¡Qué aspecto tan siniestro tiene esto…!

—¿Por qué?

—Este *parking* no me gusta.

—Bueno… De noche queda muy vacío, pero no hay nada de particular en él. Después de las diez sólo deben dejar el coche aquí cuatro vecinos.

—De acuerdo. Larguémonos.

Fairbanks había estacionado en el primer piso, al fondo de todo. La oscuridad que le envolvía era casi total. Se veían unas cuantas luces amarillas que apenas disipaban las sombras. Una especie de polvillo irreal flotaba en el aire. Parecía otro mundo.

Ni un empleado.

Ni un coche donde hubiera la menor señal de vida.

Nada.

Aunque aquella soledad favorecía a Fairbanks, éste tuvo miedo. Era un miedo irrazonable, estúpido, pero no se lo podía quitar de encima. La sensación que tenía era la de haberse metido en una catacumba. Eso es: es una catacumba…

La cortesana le miró en la semioscuridad del coche.

—Bueno, ¿nos largamos o qué?

—¿Tanta prisa tienes?

—Te he dicho ya que esto no me gusta.

—Bueno, no hay que ponerse así. Claro que… ¡me voy! Y tiró del bolso de la mujer. Salió disparado por la puerta.

—¡Oye, perro…!

La mujer lanzó un par de expresiones obscenas que retumbaron en el *parking*. Claro que nadie las oyó. Fairbanks corrió como un desesperado hacia la salida.

Veía las luces amarillas desfilar ante él.

Los números indicando la plaza de cada coche. El inmenso recinto vacío.

Algún coche negro aquí… Allá… O al menos todos le parecían negros. Una lucecita indicando la salida para los peatones estaba aún infinitamente lejos. La cortesana, detrás, se había puesto a gritar y a perseguirle como una loca.

Era más tenaz que las otras.

No quería perder su dinero.

«Tengo que desorientarla… Tengo que hacer algo para que no me siga… Si me ve subir por las escalerillas, saldrá hasta la calle detrás mío…».

Por eso se situó detrás de uno de los coches.

Era un «Austin» negro, solemne y frío. Un viejo taxi. Fairbanks abrió una de las portezuelas traseras para colarse dentro. Así no le verían.

Penetró en aquella caliente oscuridad.

En aquella oscuridad un poco viscosa. Densa…

Y entonces la vio.

Una luz amarilla iluminaba perfectamente su cara.

Estaba allí.

Parecía como si le mirase.

La parte inferior de su cuerpo apenas se veía, pero la superior sí. La cara sobre todo. Y el cuello sujeto por una enorme anilla de acero. ¡El cuello aferrado al resto del cuerpo como si fuese el de una guillotina…!

Fairbanks tuvo un gorgoteo de horror. No podía ni chillar.

Sus manos se habían cerrado sobre la tapicería del asiento. Estaba de rodillas sin poder entrar, sin poder salir. Aquel universo de horror se le había metido hasta el fondo de su propia carne. Se ahogaba. Sus ojos desorbitados se habían nublado; todo lo veían de un espantoso color sangre.

Porque la distinguía perfectamente.

Era ella, era… ¡Silvia Coster!

¡La muerta!

Con una especie de quejido, Fairbanks cayó a un lado del coche, por la parte exterior.

No podía ni ponerse en pie. Su pecho subía y bajaba espasmódicamente.

Mientras tanto la cortesana que le perseguía había pasado de largo. El escondite del «Austin» era bueno. No lo había visto.

Se dirigió a las escaleras para peatones con toda la velocidad de sus largas y bonitas piernas.

Más allá veía la salida para coches, con el principio de la rampa y la taquilla, pero en ésta no había nadie. Era extraño. ¡No había absolutamente nadie!

De pronto oyó un runruneo a su espalda.

Un motor se había puesto en marcha.

Un coche se movía.

Se volvió rápidamente, pensando que podría pedir auxilio.

Tendió las manos hacia aquel «Wolseley» que venía poco a poco.

Pero entonces los labios de la mujer se crisparon en una mueca.

Parecieron helarse.

Porque aquel coche no lo conducía una persona normal. Aquel coche lo guiaba un encapuchado, un tipo completamente vestido de negro. Más allá del parabrisas no se distinguían más que los orificios blancos y siniestros de sus ojos.

Parecía una visión de pesadilla.

Era algo que paralizaba la sangre en las venas.

La mujer chilló. Su aullido resonó en las paredes desnudas del *parking*. Rebotó siniestramente en ellas.

El coche ya estaba allí.

Se abrió la puerta derecha cuando pasaba. El golpe hizo que la mujer se tambaleara aparatosamente.

Cayó al suelo mientras volvía a gritar.

Y entonces el coche pasó sobre ella una vez. La aplastó. Volvió a pasar. Las ruedas destrozaron aquellas armoniosas curvas, aunque no se produjo sangre. Luego el «Wolseley» fue en silencio hacia el fondo del *parking*.

El encapuchado descendió de él.

Tiró del cadáver de la mujer y lo introdujo en el coche. La facilidad con que hizo todo aquello demostraba una fuerza casi sobrehumana, porque no necesitó ni siquiera emplear las dos manos. Cuando hizo desaparecer a la muerta, pareció olvidarse del «Wolseley».

Fue al «Austin» en que se encontraba Silvia Coster.

Lo puso en marcha y salió con él.

No se dio cuenta de que quedaba un hombre casi sin sentido junto a las ruedas. Un hombre que no podía ni gritar. Un hombre cuyas espaldas eran recorridas por un escalofrío de estupor y de miedo.

CAPÍTULO IV

Ray detuvo el coche y bajó un poco el cristal de la ventanilla para ver mejor, mientras preguntaba:

—¿Es ése?

Nora se estremeció un momento, pero no de miedo sino de asco. Ahora se arrepentía de haber acompañado a Ray, creyendo que él la llevaba a dar un paseo. Mientras volvía la cabeza, susurró:

—Te dije que el asunto no me interesaba, Ray. No quiero hacer publicidad de eso.

—Lo comprendo, pero yo te dije también que para mí era un asunto personal.

—¿Por qué?

Él se pasó una mano por la barbilla mientras susurraba:

—Bueno… Pues porque… En fin… Porque… Verás…

—¿Te gusto?

La pregunta, tan directa y seca, casi le sorprendió. Hizo una mueca mientras dejaba de mirar a la chica.

—Son cosas que uno piensa —dijo ambiguamente—. Sí. Cosas que uno piensa.

Y arrancó de nuevo el coche para doblar la esquina. Había allí una doble raya amarilla junto a la acera, de modo que no se podía aparcar. Sus ojos captaron los extraños movimientos de Fairbanks, que parecía tener que apoyarse en las paredes mientras caminaba.

—Parece que ese tipo no se encuentra bien —dijo.

—Sí. O tal vez esté borracho.

Ray no sabía hasta qué punto estaba cerca de la verdad. En efecto, a Fairbanks le faltaba poco para el fuera de combate. Desde que huyó del *parking* la noche anterior, medio arrastrándose por las rampas, sin encontrar a nadie en su camino, había estado bebiendo. Había tenido más de una docena de veces el teléfono en la mano

para llamar a la policía y se había arrepentido en el último momento, porque si decía una sola palabra de sus actos se iba de cabeza a la cadena perpetua. También había comprado todos los periódicos para saber lo que decían acerca del cadáver de una mujer encontrado en un *parking* de Chelsea.

Pero nada.

Ni una palabra.

Como si la cortesana a la que él quiso robar no hubiera existido jamás.

Ray dijo suavemente:

—Nora…

—¿Qué?

—¿Te molestaría dejar este coche estacionado delante de Scotland Yard? No es un coche oficial, pero todos lo conocen. No te dirán nada.

—¿Y tú? ¿Qué vas a hacer?

—Seguir a pie a ese hombre.

—Déjale en paz de una vez, Ray. Hace un par de días, tú y yo no nos conocíamos más que de vernos por la calle, y ahora ya pretendes indicarme lo que tengo que hacer. No voy a denunciarle.

—Perfecto. Tú, no; pero si le veo cometer otro delito, seré yo quien le denuncie. Y te juro que esta vez no escapará.

Dejó el volante a la muchacha y fue a seguir a pie. Ella le miró con una suave sonrisa en sus carnosos labios.

—De todos modos, gracias, Ray —dijo—. Muchas gracias.

Dio la vuelta a la esquina, conduciendo a poca velocidad.

Ray siguió a pie y vio que Fairbanks se metía en un feo edificio de apartamentos cerca de High Street Whitechapel. Era extraño, porque él no vivía allí. Pero quizá iba a ver al agente de seguros funerarios que trabajaba en uno de los pisos.

No, no fue allí.

Se detuvo, como obsesionado, ante una puerta bajo la cual empezaban a amontonarse algunos sobres y papeles que sin duda eran requerimientos de pago. Desde un borde de la barandilla, Ray le estuvo observando.

El otro no hacía nada.

Sólo estaba quieto como un sonámbulo y mirando aquella puerta.

Luego Fairbanks descendió. Ray tuvo que darse prisa y meterse en uno de los pisos inferiores, donde también había una pequeña oficina, para no ser visto. Cuando salió de nuevo a la calle, tras dejar pasar un plazo prudencial, el pájaro ya no estaba allí. Había perdido su pista.

Ray chascó dos dedos.

Fue a la comisaría de la que dependía la zona. Un sargento rechoncho y que se distraía leyendo la sección de Arte del Times le atendió. No necesitó más que conocer la dirección de aquella casa para entender perfectamente lo que ocurría.

—Sí… —murmuró—. Ahí vivía una chica que ha desaparecido. Se llama Silvia Coster y la buscamos por asesinato. O por sospecha de presunto asesinato, para ser del todo respetuosos con los términos de la ley. Tengo dos denuncias sobre su desaparición, y una de ellas la presentó verbalmente ese tipo del que usted habla, inspector. A mí me soltó que se llamaba Alexander, pero yo lo he llegado a conocer bien. El muy perro se llama Otto Fairbanks. Me juego las dos manos a que tiene antecedentes.

—Los tiene. Hay condenas por abusos deshonestos y por proxenetismo, pero ahora no voy por ahí. Quiero saber la relación que tenía con esa chica.

El sargento se encogió de hombros.

—¿Qué sé yo? Eso es lo único que puedo decirle: «¿qué sé yo?». Podía ser una de sus furcias o quizá sólo la había visto una vez. Todo es posible. Lo único que le garantizo es que la hemos buscado por todo Londres sin dar con su rastro. La brigada especial de Personas Desaparecidas ha removido hasta el fondo del Támesis. Usted no estaba enterado, ¿verdad?

—No; yo no pertenezco a esa brigada. Yo estoy en la de Homicidios.

—Bueno, pues el caso es que la chica no ha aparecido más. Y es una lástima, no crea. Porque era bonita. He podido obtener una foto de ella. Mire…

Ray miró mientras se entrecerraban sus ojos. Sí, era una bonita chica. Justo el tipo de bonita chica que podía interesarle a un cerdo sobón como Fairbanks. Y el tipo de chica con el que se le podían ir las manos a aquella especie de bicho.

—¿No cabe la posibilidad de que él la matara? —preguntó.

—¿Matarla? ¿Por qué?

—Supongamos que se resistió y él perdió la cabeza.

El sargento le miró, bizqueando.

—¿Cómo quiere que esté muerta si ella cometió un crimen hace apenas dos días? ¿Quiere ver los informes de los técnicos en huellas? Tengo aquí una montaña de ellos. ¡Mire! ¡Seguro que en la Brigada de Homicidios han podido empapelar las paredes con tantas reproducciones de huellas dactilares como allí había! ¡Mire!

—Debí haberlas visto, pero ahora estoy de vacaciones —dijo Ray con suavidad—. Y le aseguro que voy a investigar todo lo que se sepa sobre esa chica. Dígame qué aficiones tenía, dónde se reunía, quiénes eran sus amigos. Dígame todo lo que sepa de ella.

—Hum… Aquí hay un informe. Los agentes lo han redactado preguntando discretamente por la vecindad.

Ray lo leyó. De allí sólo se deducían dos cosas: que la chica era honesta y que dedicaba sus horas libres a una asociación de parapsicología. La asociación estaba radicada en un modesto edificio situado allí cerca.

El sargento murmuró:

—Le advierto que todas son brujas.

—¿Quiénes?

—Ellas. Las miembros. La parapsicología es una cosa muy respetable, pero ellas no tanto. Se juramentan para hacerse visitas unas a otras después de muertas. Para hablarse. Para pasarse mensajes. Todo aquel piso respira una atmósfera inquietante y que no me gusta; una atmósfera del Más Allá.

—¿Ha estado usted en él, sargento?

—Sí. Me he metido.

—¿Sin orden judicial?

—Bueno… Fingí que allí se había ocultado un ladronzuelo y que lo perseguía. Me dejaron entrar. Como la ley se está poniendo tan complicada, los policías hemos de usar nuestros trucos.

Ray apretó los labios.

—No puedo criticarle por algo que pienso hacer yo mismo, si es que puedo, sargento. Deme la dirección.

—Veintidós de Newgate Road.

—Gracias. Voy allá.

—Suerte…

Ray fue al 22 de Newgate Road, una calle estrecha que se encuentra en el viejo corazón de lo que aún queda de Whitechapel, pero no tuvo la suerte que el sargento le había deseado. No, no la tuvo de ninguna manera. En la casa que le habían indicado no había nadie. No quedaba un alma.

Decidido a no soltar la presa, se metió en un *pub* cercano. Fingió ser un acreedor que quería cobrar una pequeña factura. Preguntó.

—Ahí viven una serie de chifladas —dijo el tabernero, un fulano que aún parecía arrancado de una novela de Sherlock Holmes—. Se dedican a los experimentos de parapsicología. Bueno, la parapsicología es una cosa muy respetable, ¿sabe? Hasta la enseñan en las universidades. Cosas que están más allá de la ciencia, pero que existen, como los muebles que se mueven solos, las transmisiones de pensamiento y las órdenes a distancia. Uno, detrás de este mostrador, oye que la gente habla y habla y acaba enterándose de cosas. Pero las chifladas no se paran ahí, en lo que más o menos se puede enseñar en una universidad, créame. Ellas hablan de venir a visitarse cuando mueran. Y ahora van a tener ocasión, porque una de ellas se ha muerto hoy. Por eso no están.

Ray estiró el cuello.

—¿Quién se ha muerto? —preguntó con voz seca.

—No lo sé; yo no la conozco.

—¿Quizá esta chica?

Mostró la fotografía que le había birlado al sargento. El otro negó mientras reía.

—Oh, no, claro que no… Ésa venía algunas veces, pero al hablar de las «chifladas» o de las «viejas» no me refería a ella. Quiero decir las otras, las que viven fijas en la casa. A una se la llevaron porque parece que estaba muy mal. Ahora ha muerto y las otras han ido a darle el último adiós. Por eso no hay nadie.

Ray terminó el fondo de su vaso de *whisky*. Sentía la boca espantosamente seca. Con voz que quería ser calmosa, preguntó:

—Bueno, pero de todos modos yo pretendo cobrar mi factura, aunque hoy sea mal día. Es que mañana ya me voy fuera de Londres y no sé cuándo podré volver. ¿Le importa que me quede?

—Oh, no, claro que no… Mientras haga un poco de gasto…

Ray estuvo haciendo gasto hasta el anochecer. Las sombras habían caído por completo y él iba por su cuarto *whisky* cuando las

mujeres volvieron. Eran tres. Tenían el aspecto compungido de las que vienen de dar el último adiós a un ser querido, a una persona a cuya compañía se habían acostumbrado desde siempre. Arrastraban los pies y sólo les faltaba el cirio para que se pudiera pensar que iban en una procesión del Viernes Santo.

El tabernero musitó:

—Ahí las tiene. ¿Otro *whisky*?

—Sí. El último.

—Suerte para cobrar.

—Gracias.

Ray salió a la calle, pero no se metió en la casa. Quedó oculto entre las sombras.

Necesitaba observar qué ocurría.

Pero lo que verdaderamente ocurrió no llegó a verlo. Desde la calle no pudo distinguir nada. Sus ojos no fueron capaces de captar la presencia obsesionante de algo que sólo los elegidos podían ver, la presencia irreal del Más Allá, las manos quietas de la muerta que había vuelto.

Capítulo V

Las tres mujeres penetraron en la casa. Ésta era enorme y estaba construida en piedra del siglo XVIII, con dos entradas, una delantera y otra posterior, tejado de zinc, y doce habitaciones donde desde siempre parecía acechar las sombras. La iluminación era eléctrica, naturalmente, pero las bombillas fueron elegidas por su poca potencia, de modo que apenas formaban como unos puntitos de luz. En la biblioteca se alineaban los volúmenes de ciencias ocultas y los retratos de las miembros de la asociación que habían muerto. En la casa se respiraba un silencio atroz, casi sobrecogedor; ese silencio que sólo impera en los cementerios durante la noche.

Pero allí se sentían a gusto. Éste era su ambiente.

La presidente musitó:

—Nuestra hermana Grace ha dejado de sufrir. Todas sabemos que es mejor así. Su enfermedad era de las que no perdonan.

—Sí, tienes razón. Desde ahora hemos de considerarla como la Ausente.

La que había dicho aquello era además partidaria de la Christian Science, la religión norteamericana según la cual la muerte física no existe, y por eso las personas no pueden morir jamás. Cuando se van, se les llama Ausentes. Grace era ya una de ellas, aunque todas sabían que su aliento seguiría flotando en la enorme casa.

—¿Cuándo la enterrarán, Priscille? —preguntó la tercera de las mujeres a la presidenta.

—Mientras nosotras veníamos, ya la han enterrado. En este momento reposa bajo cinco palmos de tierra.

—Así nunca podrá venir a visitarnos, Priscille.

—¿Y por qué no?

—Nadie sale físicamente de debajo de cinco palmos de tierra.

—Las almas no mueren.

—Pero es que nosotros no hablamos de las almas, Priscille. Tú sabes que siempre nos hemos referido a los cuerpos. Era una cosa convenida que, cuando una de nosotras muriese, vendría a ver a las demás.

—¿Y por qué Grace no?

—Bueno, eso habremos de verlo.

Priscille rió secamente.

Pese a su edad, tenía a veces una ilusión infantil porque sucedieran las cosas que siempre había soñado. Fue al lavabo, que era la única pieza moderna de la casa, y se mojó bien la cara para despejarse. Luego entró en su dormitorio, puesto que quería cambiarse de ropa.

Las luces que eran apenas unos puntitos iluminaron débilmente las paredes. El resto siguió hundido en las sombras. Priscille, que ya tenía unos encantos muy dudosos, pero que de todos modos aún podían haber llamado la atención de algún camionero amante de la mojama, se quitó el vestido y lo colgó cuidadosamente de una percha. Luego se alisó unos encajes y se miró las medias. Eran demasiado finas para la estación; empezaba a hacer frío de veras. Al fin fue al tocador porque quería acabar de quitarse el maquillaje con calma.

Y entonces la vio.

La distinguió muy bien a través del espejo. La cara quieta.

Las manos quietas.

La mirada quieta.

Curiosamente, y a pesar de lo mucho que había deseado aquello, casi sintió miedo.

Porque había tanto silencio en el dormitorio, tanta penumbra que aquello parecía el interior de un panteón donde estuvieran las dos solas para siempre. Priscille volvió los ojos poco a poco, casi aterrorizada, mientras su boca se torcía en una mueca.

Al fin intentó sonreír.

Sí, tenía motivos para hacerlo.

Era el triunfo de sus teorías. Era la cosa más maravillosa que había visto jamás. Era la prueba de que la felicidad de este mundo está mezclada con la inefable felicidad del otro.

—Grace… —musitó con un hilo de voz—. Grace, has salido de tu tumba… Acaban de enterrarte, y ya has vuelto…

Giró del todo.

El silencio era sobrecogedor.

Saltaba a la garganta.

—Grace…

Ahora la veía de frente y no a través del espejo. Veía de nuevo la boca un poco torcida, la mirada espantosamente fija, las manos que parecían haberse ido crispando en el aire.

—Grace… —repitió—. No tienes que mirarme así, como si no me conocieras… Soy tu amiga Priscille… Me habías prometido que volverías… Soy tu amiga Priscille… ¡Priscille!… ¡No me mires de ese modo!…

El grito repercutió en las bombillas. Todas temblaron un momento. La cara de Grace pareció moverse.

Y entonces el cuchillo avanzó.

Fue como un reflejo más en las sombras.

Como una lengua viva que buscara la caricia de la carne.

—Grace…

Se oyó un desgarrarse de sedas. Un leve «raaaas…» de la piel ya demasiado floja, demasiado blanda.

Y la sangre saltó. Fue hacia el espejo del tocador como una mano ávida. Resbaló sobre los botes de pomadas y mejunjes de aquella mujer demasiado madura. Goteó hasta el suelo igual que si quisiera llegar a la puerta.

De la garganta de Priscille escapó apenas un estertor.

Las otras dos, que estaban en la biblioteca, no la oyeron.

La mirada de Grace seguía estando espantosamente quieta.

El cuchillo se retiró poco a poco. Hubo luego un nuevo roce de sedas. Y volvió a hacerse un estremecedor silencio.

La niebla envolvía Whitechapel. Era en cierto modo raro, porque ahora ya no hay tanta niebla en Londres. Las sombras se despegaban de las esquinas. Las luces de las calles adquirían la palidez cerúlea de la muerte.

Ray se puso un cigarrillo en los labios mientras sentía un frío que le llegaba hasta el fondo de los huesos.

CAPÍTULO VI

Convencido de que tenía que hacer algo, se decidió entonces a actuar de una forma completamente ilegal. No le quedaba más remedio, si quería obtener algún resultado positivo. Por ello se deslizó hacia una de las paredes laterales de la vieja casa, aspiró la niebla, se convenció de que en eso había tenido suerte y empezó a trepar por los relieves del viejo muro.

Era difícil que alguien le viera a causa de la niebla. Llegó sin problemas, gracias a su agilidad a una de las ventanas del primer piso. Pudo apoyar los pies en el alféizar y desde allí saltar a una terraza. En la terraza estaba abierta una puerta de doble cuerpo.

Penetró en una habitación que debía ser la biblioteca. Vio a las dos mujeres que consultaban unos libros.

Ellas le vieron también. Lanzaron un gritito.

—¿Quién es usted? ¿Qué hace aquí? ¡Hable, o llamamos a la policía!

—Yo soy la policía —dijo él, tratando de imponer calma con un gesto—. Inspector Ray, para servirlas. Estaba persiguiendo a un ladrón por los tejados contiguos.

—Todo el mundo persigue ladrones aquí —se quejó una de las dos mujeres—. Es la monda.

Ray hizo un gesto de contrariedad, porque había tenido mala suerte al ser visto. Eso haría seguramente que no consiguiera registrar aquello como era su propósito. Pero de todos modos dijo con la mayor naturalidad:

—Puede haberse ocultado aquí. Dejen que eche un vistazo a la casa.

—Muy bien… Hágalo mientras no rompa nada. En esa otra habitación está Priscille, la presidenta de nuestra sociedad. Llame antes de entrar.

—Oh, claro…

Ray golpeó con los nudillos.

Nada.

Volvió a golpear.

Silencio.

Lo único que le respondió fue la sangre. La sangre viscosa que empezaba a filtrarse velozmente por debajo de la puerta.

Ray sintió que se le cortaba la respiración.

Lanzó un puñetazo al aire mientras empujaba la puerta.

Sus ojos, como si fueran una máquina fotográfica de alta precisión, recortaron aquella escena macabra. Priscille muerta entre un charco de sangre, con el pecho atravesado de parte a parte y otra espantosa herida en el hígado. La sangre por todos lados, incluso resbalando por el espejo del tocador. Otra puerta que oscilaba y por donde debía haber huido el asesino. Y sobre el tocador un magnetófono que también estaba impregnado de rojo.

Ray dio un salto felino.

Abrió la segunda puerta.

Nada.

Unas viejas escaleras de piedra llevaban directamente a la calle. Más allá no se distinguía otra cosa que la niebla.

Ray volvió sobre sus pasos.

Y sus ojos se clavaron asombrados en el magnetófono.

¡Estaba funcionando!

No cabía duda de que Priscille, antes de caer muerta, había oprimido el resorte de puesta en marcha, quizá con un movimiento involuntario, uno de esos movimientos que hacemos sin darnos cuenta, al querer apoyarnos en algo. Y allí tenían que estar grabadas por tanto las últimas palabras que pronunció.

Ray rebobinó.

Se dio cuenta de que las otras dos mujeres miraban aterradas desde la puerta la macabra escena, pero sin atreverse a decir una palabra. Ray hizo avanzar de nuevo la cinta grabada.

Y oyó perfectamente aquellas palabras:

«Grace… No tienes que mirarme así, como si no me conocieras… Soy tu amiga Priscille. Me habías prometido que volverías… Soy tu amiga Priscille… ¡Priscille!…».

La voz era sobrecogedora.

Una de las dos mujeres que estaban en la puerta bisbiseó:

—Eso significa que… que Grace ha vuelto…

Ray se pasó el dorso de la mano por la boca, sintiendo que todo empezaba a dar vueltas en torno suyo. Gruñó:

—¿Esa mujer había muerto?

—Claro… Y la han enterrado hace poco.

—¿Y de qué ha muerto?

—De cáncer.

—¿Dónde?

—En una clínica oncológica. Ya sabe usted que las clínicas oncológicas se dedican sólo al tratamiento del cáncer.

—¿Dónde está situada?

—En Chelsea.

—¡Denme su dirección!

Todo aquello hubiese parecido irreal a Ray unos minutos antes, pero ahora le parecía tan auténtico como su propia vida. Anotó mentalmente la dirección que una de las mujeres le daba y fue hacia el teléfono. Discó inmediatamente el número de la Brigada de Homicidios del Yard.

Una vez convencido de que sus compañeros llegarían inmediatamente, dijo a las dos aterradas mujeres que no tocasen nada y salió disparado. Sin embargo, la niebla y el intenso tráfico le impidieron llegar a Chelsea hasta casi tres cuartos de hora después. Vio que la clínica estaba junto a un aparcamiento subterráneo de reciente construcción. Los coches entraban y salían rasgando la niebla con sus luces de yodo.

Ray hizo que se estacionara ante la clínica el taxi que le había llevado hasta allí. Entró y preguntó por el director, después de mostrar su credencial.

El hombre que le recibió era alto y fuerte. También era joven para aquel cargo tan importante, pues sólo aparentaba unos cuarenta años. Le tendió la mano amablemente y le invitó a sentarse.

No daba la sensación de estar preocupado en absoluto. Todo en el ambiente de la clínica parecía completamente normal, pese a ser un sitio donde los pacientes se enfrentaban, casi sin esperanza, a la sombra de la muerte.

—Un policía por aquí… —preguntó con una sonrisa—. ¿Por

qué? ¿Es que alguno de mis empleados es sospechoso?

—No, no vengo a preguntar por ningún vivo —dijo suavemente Ray.

—¿Pues por quién?

—Por una muerta.

El otro torció el gesto.

—Bastantes personas mueren aquí —dijo—. Es inevitable, ¿sabe? En nuestra especialidad hemos adelantado mucho, y si alguien ingresa con un cáncer, por decirlo así, «recién estrenado», podemos curarle. Los éxitos son casi constantes. Pero, por desgracia, el noventa por ciento de los que ingresas aquí ya vienen con la enfermedad muy adelantada y nosotros nada podemos hacer. Es cuestión de tiempo, ¿sabe? Cuestión de amargo y trágico tiempo. Bueno, ¿por qué necesita preguntar?

—Se llamaba Grace.

—Ah, sí… Grace Evans. Murió justamente ayer. Ahora íbamos a entregarla a los de la funeraria.

—¿Dice que murió… ayer?

—Claro… ¿Qué pasa?

Ray apretó los labios.

—¿Podría verla?

—Naturalmente que sí. Dentro de una hora ya no hubiese llegado a tiempo, pero ahora es muy fácil. ¿Quiere acompañarme?

Ray le siguió a través de una serie de pasillos blancos y pulcros, por entre habitaciones numeradas que estaban cerradas cuidadosamente. Parecía claro que todos los que estaban allí eran enfermos graves y se les restringían las visitas. También notó que el movimiento de médicos y enfermeras era escaso, quizá porque había pocos pacientes.

—No parecen estar en lo mejor de la temporada —dijo Ray.

—¿Por qué piensa eso?

—Yo diría que hay pocos enfermos.

—No admitimos a según quién. Compréndalo… Hay casos graves y, por decirlo así, de muerte fulminante, que desprestigiarían a la clínica. Si vemos que no hay esperanza, absolutamente ninguna esperanza, preferimos rechazar al enfermo.

—Entiendo.

—Mire. Aquí está.

Abrió una puerta. Detrás había un depósito de cadáveres con unas cuantas mesas vacías. Sólo una de ellas se encontraba ocupada. Grace, completamente vestida, con un rostro apacible y sereno, parecía mirar al infinito.

Ray encajó las mandíbulas.

No se daba cuenta, pero casi había contenido la respiración.

—¿Me deja que la examine? —preguntó.

—Por supuesto…, pero si quiere registrar algo debe traerme una orden judicial. Comprenda que ésta es una institución seria.

—No trato de registrar nada. Sólo de ver de cerca a la muerta. ¿Me permite?

—Claro. Por descontado que sí.

Ray dirigió un vistazo al cadáver, para convencerse, ante todo, de algo elemental: de que, en efecto, era un cadáver. A veces una persona viva, puesta en la Morgue y permaneciendo muy quieta, da el pego a cualquiera. El ambiente sugestiona al que entra.

Pero Ray se dio en seguida cuenta de que no: de que estaba ante un cadáver que incluso presentaba ya los primeros y sutiles síntomas de descomposición. De eso no había duda.

Pero algo más le llamó la atención.

Era una cosa muy inconcreta.

Incluso en el primer momento pensó que se equivocaba. Podía ser una alucinación de sus sentidos, podía ser algo que no existía. Aunque no le gustaba el olor especial de aquel depósito de cadáveres, aspiró con fuerza.

El director musitó:

—¿Qué pasa?

—Nada. Este cuerpo tiene un olor algo especial.

—Quizá se ha iniciado ya la descomposición, aunque ahora ya hace frío en Londres. A veces ocurre antes de lo que uno espera.

—No me refiero a olor de podredumbre, amigo, sino a todo lo contrario. Perfume Chanel número cinco.

—¿Qué… qué dice?

—Es algo muy leve. Ha quedado como prendido en sus ropas, porque es un perfume suave y muy persistente. Y se da una fastidiosa casualidad.

—¿Qué casualidad?

—A una mujer que acaba de morir asesinada se le derramó un

frasquito de ese perfume en el tocador. ¿Sería un absurdo suponer que algunas gotas cayeron sobre las ropas de este cadáver?

—¿Qué… qué dice?

—Digo, por ejemplo, que ese cuerpo pudo estar en Whitechapel hace cosa de una hora.

—Oiga, usted está loco. Rematadamente loco. Muéstreme otra vez su credencial de policía. No puedo fiarme de un tipo así.

Ray se la mostró de nuevo, pero con un gesto distraído. En realidad su pensamiento estaba a varias millas de distancia de allí, en la habitación de Priscille empapada de sangre. Hizo un gesto brusco mientras guardaba la cartera.

—Me veré obligado a efectuar un análisis —dijo.

—¿Qué análisis?

—Si esta mujer ha sido transportada, sus ropas habrán rozado contra las paredes de aquella casa. La escalera que daba a la calle desde la habitación de la muerta estaba recién pintada de blanco. A simple vista no se aprecia nada, pero es más que posible que el laboratorio descubra rastros de aquella pintura en las prendas. Lo sabremos dentro de un par de horas.

El médico que estaba tras él dijo bruscamente:

—Bueno, ¿y con eso qué probará usted? ¿Va a acusar a esta muerta de haber cometido un asesinato?

—Naturalmente que no puedo acusarla. Es evidente que lleva casi veinticuatro horas convertida en un fiambre, pero…

—¿De qué nos acusará? ¿De conducción ilegal de cadáveres?

—Podría ser una buena idea —sugirió Ray.

—Esta clínica tiene autorización para transportar cadáveres a donde haga falta. Me refiero a las personas que mueren aquí, y esta señora ha muerto aquí. Puedo demostrarlo donde quiera.

Ray meneó la cabeza.

Se daba cuenta de que, a partir de aquel momento, él estaba en un terreno resbaladizo y el otro en un terreno sólido. Si metía la pata en un asunto de aquella clase, toda la prensa se reiría de él durante años. Pero siempre podría demostrar que existía alguna relación entre aquella clínica y la muerte de Priscille. Eso era evidente.

—Naturalmente que voy a hacerlo, a pesar de todo —dijo—. Déjeme usar el teléfono.

Vio el aparato colgado en una pared. Fue hacia allí con un gesto de decisión, mientras mentalmente recitaba el número del Yard. Pero de pronto el otro le detuvo.

Había palidecido.

Sus ojos estaban enturbiados como por una neblina blanca.

—Oiga, inspector… ¿cómo ha dicho que se llamaba?

—Ray.

—Yo soy el doctor Nichols. No sé si se lo he dicho… Doctor Nichols.

—He visto el nombre a la entrada de la clínica. Está en una plaquita de bronce.

—Escuche… Podemos llegar a un acuerdo. No siembre la alarma en torno a esta clínica.

—Si intenta sobornarme, le advierto que ésa es una de las cosas más difíciles que se pueden lograr en esta vida.

—No, no trato de sobornarle. Dios me libre… —El otro había cruzado y descruzado las manos nerviosamente—. Sólo trato de explicarle algo que usted ignora todavía, como lo ignora todo el mundo. Mire.

Le llevó a un despacho contiguo que tenía el aspecto de ser una oficina muy privada. En ella había unos ficheros y unas fotografías colgando de las paredes, además de varios diplomas. Una enfermera trabajaba allí. El médico susurró:

—¿Quiere dejarnos, señorita Riley?

—Sí, doctor Nichols. Naturalmente.

Cuando la puerta se hubo cerrado, el médico abrió uno de los cajones del fichero y extrajo de él dos cartulinas. En una de ellas estaba su propia fotografía, con el nombre completo, los títulos académicos y un compacto historial profesional. En la otra se veía la fotografía de un hombre de la misma edad aproximadamente, con los ojos algo entrecerrados, expresión torva y mirada huidiza. El nombre era el de Simmons y los títulos profesionales resultaban algo más cortos. La primera ficha decía claramente en mayúsculas: «Director». La segunda: «Ayudante principal».

Ray musitó:

—Bueno, ¿y esto qué importancia tiene?

—Claro que la tiene… Puede usted preguntar por mi ayudante Simmons a cualquiera de las enfermeras, a cualquiera de los

médicos… Verá lo que le dicen.

—¿Qué es lo que han de decirme?

—Que ha desaparecido. Estuvo sólo un día aquí. Le vieron unos momentos y desapareció. Desde entonces no hemos vuelto a encontrarlo cara a cara, pese a que…

—¿Qué?

El médico añadió con un estremecimiento:

—Pese a que… está cerca.

En sus dedos había un notable temblor. Las fichas casi cayeron al suelo. Ray se dio cuenta de que por la mente de aquel hombre pasaba una tormenta difícil de contener.

Él le señaló una serie de timbres en un tablero.

—Todos estos timbres sirven para llamar a las enfermeras jefes. Llame usted a una. A la que quiera. Pregúntele por Simmons.

—De acuerdo, Nichols, pero no consentiré que le haga ningún guiño. Quiero que esté de espaldas cuando ella entre.

Y oprimió un timbre al azar. Pocos instantes después se presentó una mujer de unos cincuenta años que tenía aspecto de ser sincera. Ray le puso ante los ojos su credencial de policía.

—Quiero ver al doctor Simmons.

—¿El doctor Simmons?

—Sí.

—Me temo que no va a ser posible, señor.

—¿Por qué?

—Sólo estuvo un día aquí. Apenas lo vimos. Merodeó un poco por las salas y desde entonces ha desaparecido.

Ray tragó saliva.

—De acuerdo, gracias.

—Como usted quiera, señor.

Y la mujer se largó. Estaba claro que había sido sincera. Ray miró al médico, que todo el rato había estado vuelto de espaldas.

—¿Qué pasa con Simmons? —susurró.

—Mire esta otra ficha.

Había en ella un par de anotaciones con la advertencia de «Confidencial». En la ficha también estaba el retrato de Simmons. La primera anotación decía:

«Persona muy excitable y hasta peligrosa. Ha estado recluido dos años en el sanatorio mental de Grayhound, con anormalidades de las que se le considera curado. Se le suspendió en el ejercicio de la medicina a causa de ello, tras un juicio por suponérsele envuelto en la muerte de una persona. Por lo demás, se le considera curado y tiene un excelente historial académico. Puede concedérsele una oportunidad, con las debidas prevenciones».

Ray entrecerró los ojos.

—¿Eso significa que Simmons no está bien de la azotea? —preguntó.

—No del todo. Siga leyendo.

La segunda anotación era más breve:

«Muy hábil para esconderse. En el sanatorio mental había logrado estar días enteros sin que dieran con su pista. Cuando se excita, llena de tabaco la cazoleta de su pipa y la vuelve a vaciar repetidas veces. En esos momentos puede resultar peligroso. Tenerlo en cuenta si se le somete a alguna clase de observación».

El médico guardó aquella segunda ficha.

—¿Ya se ha enterado? —musitó.

—¿Trata de decirme que Simmons está oculto en esta clínica?

—Sí. Hubiera deseado que no se llegase a esto, pero ya que usted ha puesto las cosas en ese terreno, no me deja otra salida.

—La clínica es nueva y no demasiado grande. Me parece difícil que alguien pueda ocultarse aquí —opinó Ray.

—Se equivoca. Hay muchas camas, muchos armarios, muchas habitaciones vacías. Incluso puede ocupar en determinados momentos el lugar de un paciente si le interesa. ¿Alimentos? Los que quiera. Las cocinas son enormes, y por todas partes hay bandejas con comida. Por otra parte, aquí no estamos para vigilar. Cuando hay un caso grave —y hay muchos— lo único que nos preocupa es el enfermo.

Ray lo comprendía perfectamente. El acento del médico era

dramático, casi angustioso.

Llegó a impresionarle porque se dio cuenta de todo lo que aquello significaba para él.

—¿Trata de decir que Simmons puede haber sacado el cadáver de esta mujer? —susurró.

—No lo sé… Es una simple posibilidad. Personalmente no creo que ese cadáver haya sido tocado, pero es usted el que dice lo contrario. Le pido, por favor, que me dé una oportunidad aunque sólo sea durante una noche.

—¿Qué clase de oportunidad?

—Vigile la clínica. Regístrela. Haga lo que yo no tengo medios para hacer. Le juro que… que muchas veces he sentido miedo.

—¿Miedo de qué?

—Sé que Simmons continúa aquí. No sé qué prepara, pero prepara algo. Tiene la mente perturbada y puede pensar que algunos de nosotros somos sus enemigos, que le hemos robado una oportunidad. No hay que olvidar que él y yo llegamos aquí el mismo día. Puede sentir celos profesionales… ¡qué sé yo!

—¿Hasta el extremo de desear matarle, doctor Nichols?

—No sería capaz de decir tanto. Durante las pocas horas que traté a Simmons, me pareció una persona normal y hasta amable. Pero si se ha ocultado y acecha… ¡estará acechando por algo! Y de una mente enferma de esa clase nadie puede fiarse. Es capaz de cualquier locura.

Ray asintió pensativamente.

—Podría aplazar esto durante una noche —dijo.

—¿Aplazar qué?

—La investigación. El dar cuenta a la Brigada de Homicidios, a la que pertenezco… Durante esta noche yo vigilaría.

—¿Usted solo?

—No creo que en un sitio como éste deba sembrarse la alarma. Más de un policía llamaría la atención.

—De… de acuerdo… —Se notaba que el médico estaba sinceramente agradecido—. Puede usted instalarse aquí cuando quiera y donde quiera. Todos los departamentos de la clínica estarán abiertos para usted. Y si tiene suerte y da con Simmons… por favor, no sea duro con él. Hasta ahora no ha cometido ningún delito. Simplemente es un hombre trastornado.

—Me hago cargo, doctor. Vendré dentro de media hora, cuando haya hablado con mis compañeros del crimen de Whitechapel.

Y salió de allí.

Los últimos coches abandonaban el aparcamiento contiguo, rasgando con sus luces de yodo la niebla que se mantenía persistente. Ray pensó que el sótano quedaría casi vacío poco más tarde. Oscuro y silencioso como una tumba. Pero ni por un instante pasó por su pensamiento que eso pudiera tener la menor importancia.

CAPÍTULO VII

Los hombres de la Brigada de Homicidios se pusieron a trabajar inmediatamente en Whitechapel, aunque Ray no les dijo una palabra de la relación que pudiera haber entre aquello y la clínica oncológica. Sus compañeros obraron con la diligente rutina de costumbre, rodeados de técnicos en huellas, fotógrafos especializados y buscadores de pelos por las alfombras. Ray estaba seguro de que ni un rincón quedaría por cribar, pero a él le interesaba otra cosa.

Fue a disponerse para la noche en la clínica. Se dirigió a su apartamento para tomar una ducha, cambiarse de ropa y hacerse con una linterna que fuese segura. Cuando salía, se encontró casi de narices a boca con Nora.

No resultaba extraño.

Nora vivía muy cerca, y ésa era la razón fundamental de que se conocieran de vista antes del ataque de Otto Fairbanks. Ella le detuvo con un gesto mientras trataba de sonreír.

—Ray…, ¿adónde vas? Parece como si tuvieras mucha prisa…

—Pues sí… La tengo. Casi tenía que haber llegado ya.

—¿Adónde?

—Creo que estoy metido en un mal asunto, Nora.

—¿Qué clase de mal asunto?

Él intentó sonreír también. Pensó que podía tener confianza en ella. Después de todo, Nora era uno de los capítulos más importantes de su vida desde que la vio por primera vez, aunque no se lo hubiese dicho nunca. La notó un poco cansada, un poco ansiosa, como si, al igual que él, se enfrentase a lo desconocido.

—Podría invitarte a una cerveza —dijo—. Tenemos un *pub* aquí cerca.

—Claro que puedes invitarme a lo que quieras. Pero ¿qué

sucede? ¿Adónde vas?

—Pienso explicártelo. Al fin y al cabo eres una de las pocas personas en las que debo tener una absoluta confianza.

Y entraron los dos. En el *pub* imperaba esa atmósfera cálida, cordial, acogedora de las tabernas de Londres en las noches de niebla. Se estaba bien allí, fuera del frío exterior, entre las maderas y los viejos escudos, las jarras de metal y los cristales emplomados.

Pero Ray sentía que todo era distinto hoy, como si entre los dos flotase la sombra imprecisable de la muerte.

—¿Qué pasa? —musitó ansiosamente Nora.

—Te lo voy a explicar. Desde que nos hemos separado para que llevaras mi coche al Yard, han pasado bastantes cosas.

Y lo narró todo con el mayor detalle. Explicó incluso el plan que el doctor Nichols le había sugerido. Confesó que, antes de tomar una determinación, iba a estar toda la noche vigilando en aquella clínica.

Ella le escuchaba con el mayor interés.

Sus ojos chispeaban de vez en cuando.

El color había vuelto a sus mejillas.

—Ese hombre tiene razón —dijo refiriéndose a Nichols—, pero me parece que no conseguirás nada.

—¿Nada en qué sentido?

—Aunque la clínica no sea demasiado grande, un hombre solo no puede vigilar todos sus rincones. Por otra parte, estás listo si ese fantasma llega a saber que ha entrado allí un policía. Te esquivará.

—Eso es cierto, pero no veo qué otra solución puedo buscar. Dos policías llamarían la atención demasiado. Sería peor.

—¿Y una enferma? —soltó de repente ella.

—¿Qué quieres decir?

—Una enferma —repitió—. Falsa, naturalmente. Alguien a quien metan en una habitación pero que pueda salir de ella. Por ejemplo, yo misma.

Ray la miró casi aterrado.

—Pero ¿tú tratas de decir… que…?

—Tú me ayudaste una vez, Ray —musitó—. Cuando te lanzaste sobre aquel individuo, no sabías si era peligroso. A veces esos cerdos van armados y disparan a la primera, mientras que tú no llevas ni un mondadientes. Justo es que yo trate de ayudarte a ti. Y

hasta te confesaré que me seduce la aventura.

—Tenemos mujeres policía —dijo ariscamente Ray.

—Mujeres que quizá son demasiado profesionales. Ninguna interpretará tan bien el papel como yo. Sólo necesito un diagnóstico hecho en papel timbrado de un médico que ejerza en Londres, y en el cual se recomendará que me examinen en la clínica. Como esta noche ya no van a hacerlo a causa de la hora avanzada, lo harán mañana y para entonces todo habrá terminado. Supongo que un diagnóstico falso es algo que está muy a vuestro alcance.

—No hace falta que en el papel se engañe a nadie —musitó Ray pensativamente—. Algunos médicos de prestigio estarán encantados de colaborar con la policía.

—¿Se tardaría mucho en eso?

—Pues…

—Por favor, Ray, decídete. Te juro que quiero ayudarte.

La mano cálida de la muchacha oprimía la suya a través de la mesa. Ray echó un poco la cabeza para atrás. En sus ojos había una chispita.

—De acuerdo; vamos.

No costó demasiado realizar aquel trámite. Media hora después, Nora era dueña de una receta con un diagnóstico altamente sospechoso, recomendando una exploración. Y una hora más tarde, una ambulancia la ingresaba en la clínica. Le dieron la habitación 24, dejándola para la mañana siguiente.

Ray ya estaba allí.

Había llegado bastante antes, como si no tuviera nada que ver con la enferma.

Realmente no llegaron ni a encontrarse.

Eran las diez de la noche cuando ambos se pusieron a actuar. Las diez de la noche más oscura que recordaban haber visto en sus días.

CAPÍTULO VIII

Ella abrió con cuidado la puerta. El chirrido le produjo un sobresalto en el fondo de sus nervios.

Pero el pasillo estaba tranquilo y no se veía ninguna enfermera en él. Al fondo, en la sala de reposo, se captaban algunas voces. La muchacha miró en torno suyo y fue en dirección contraria.

Una escalera de mármol descendía a la planta baja.

Allí habría al menos una enfermera de control, seguro. Por lo tanto, la muchacha se dirigió a los vestuarios del extremo del pasillo.

Obraba con perfecta seguridad, como si conociera todos los rincones del edificio, lo cual habría llamado seguramente la atención a Ray caso de notarlo. Nora se introdujo silenciosamente en el vestuario y examinó las batas y las cofias instaladas en las perchas.

En un cajón había también medias de algodón, como las usadas por las enfermeras, y en una repisa se alineaban los zapatos negros. Las medias también eran negras, pues las enfermeras inglesas suelen llevar el uniforme distinto del de sus compañeras del continente. Las batas son grises, y algunas llevan rayas. El conjunto tiene su atractivo, sobre todo si la enfermera es joven, pero la impresión que produce al que lo ve por primera vez es algo sorprendente.

En unos momentos, Nora, que llevaba simplemente un salto de cama, se convirtió en una perfecta enfermera. Incluso la cofia se la colocó con una gracia sorprendente. Salió de allí y pasó por delante de la controladora de la planta baja.

—Buenas noches —dijo con la mayor naturalidad. La otra ni levantó la cabeza.

—Buenas noches…

Nora se introdujo en la zona de quirófanos. No había nadie allí.

Pasó por otro vestuario y esquivó una sala de reposo donde se oían las voces de un par de médicos de guardia que jugaban una partida de naipes.

Atravesó otra puerta. Y de repente se detuvo.

Unos ojos hoscos y fríos estaban clavados en ella. Una cara alargada, como de pez, la miraba debajo de una luz irreal y que tenía un extraño color dorado.

La enfermera se había vuelto bruscamente hacia ella.

—¿Quién es usted? ¿Qué hace aquí?

Nora tragó saliva bruscamente.

—Perdone. Se ve que me he equivocado —dijo.

—Claro que se ha equivocado. ¿Es que no tiene ojos? ¿No ve que ésta es la zona aséptica? Está prohibido entrar aquí si no es en determinadas condiciones.

—Sí, ya me doy cuenta. Es que es la primera noche que trabajo aquí.

—¿Y cómo es que yo no lo sabía? ¿Quién la ha contratado?

—El propio doctor Nichols.

—¿Cuál es su piso?

—El segundo —dijo ella maquinalmente, recordando que su habitación estaba allí.

—Pues ocúpese de lo suyo y no haga tonterías. Hala, fuera.

La muchacha asintió silenciosamente, dándose cuenta de que acababa de pisar en falso. Salió de allí para no llamar más la atención de la enfermera ojos-de-pez.

Pero la otra ya estaba intrigada. Le extrañaba mucho que el doctor Nichols hubiera contratado una enfermera directamente, cuando el doctor Nichols no se metía en nada.

Hizo un gesto receloso y se quitó los guantes de goma que se estaba poniendo.

Salió detrás de la intrusa.

Pero era extraño. Ya no pudo verla.

Ni que se la hubieran tragado las sombras.

Avanzó poco a poco por el pasillo a media luz.

Fue abriendo las puertas poco a poco, por si alguien se ocultaba allí, pero las camas estaban ocupadas por los enfermos. No se veía nada anormal. Llegó, cada vez más intrigada, a la puerta que había al fondo.

Y allí se detuvo.

Siempre le producía la misma sensación entrar allí. La sensación de horror y de muerte.

Quizá todo aquello fuera necesario en bien de la ciencia, pero había momentos en que no llegaba a comprenderlo. El anterior director de la clínica, el doctor Robinson, había iniciado aquella especie de museo de los horrores con los casos más espectaculares acumulados a lo largo de los años. Miembros humanos corroídos por la enfermedad…

Cabezas separadas del tronco… Manos que parecían acechar desde más allá del tiempo…

Todo un catálogo de lo que desfilaba ante los ojos de los médicos estaba allí, conservado en alcohol, como un siniestro objeto de estudio para las generaciones venideras. Por supuesto que aquellos macabros «trofeos» correspondían a enfermos cuyo cadáver no había reclamado nadie, pues la clínica atendía también bastantes casos gratuitos. Y en el inmenso Londres siempre había personas perdidas en el vacío, personas a las que se olvidaba para siempre.

El doctor Nichols, que llevaba poco tiempo allí, sólo había situado en el lugar una muestra, pero era una de las más horrendas. Se trataba de un tronco humano, masculino, sin cabeza, brazos ni pies. Era dudoso saber qué valor científico podía tener aquello, pero el doctor Nichols lo estaba estudiando con un cierto deleite… Allá él.

La enfermera casi había dejado de respirar.

El olor espeso que flotaba allí —olor mitad a alcohol y a aldehído fórmico— le destrozaba los sentidos.

Fue a salir.

La intrusa no podía haberse ocultado en un sitio semejante.

Y de pronto vio algo.

Era una tontería.

Pero estaba allí, en sus recuerdos.

Como un puntito de luz.

Como el principio de la espiral de una pesadilla.

Igual que si estuviese hipnotizada, la enfermera se acercó al cuerpo humano que flotaba en alcohol, dentro de la vitrina parecida a una gigantesca pecera. Había allí algo que no cuadraba, algo que ella recordaba bien, algo que…

Sus labios empezaron a separarse.

Estuvo a punto de lanzar un grito.

Sus ojos se desencajaron viendo aquel puntito donde estaba concentrada toda la espiral del horror.

La angustia llegó hasta su garganta, la hizo vacilar, consiguió que sus rodillas empezaran a doblarse patéticamente.

No vio las manos que avanzaban desde atrás. ¡Claro que no vio nada! No oyó el leve ruido a su espalda. ¡Claro que no lo oyó! Sus sentidos estaban muy lejos, estaban sumergidos en aquel horror que parecía moverse tras el cristal, a muy pocos pasos de distancia.

De pronto la mano la golpeó en la nuca.

Lo hizo con notable fuerza, hasta el extremo de que casi la desvaneció. Pero la enfermera no llegó a caer.

Unos brazos la sujetaron por la espalda. No supo si eran brazos de hombre o de mujer.

No pudo verlo.

Un aliento caliente llegó a su nuca.

Por un momento fue incapaz de moverse.

Y entonces ocurrió la cosa más espantosa que podía imaginar. Entonces la enorme tapa de plástico que cubría la «pecera» se alzó por medio de un resorte. El líquido gris en que flotaba aquel tronco humano quedó al descubierto.

Las manos la empujaron hacia allí.

La enfermera estaba demasiado aterrada para pensar, para sentir.

Hay momentos en que la angustia es tan espantosa que impide incluso sentir miedo.

Momentos en que la voluntad falla, en que nada existe, ni los nervios, ni la lengua, ni el deseo de vivir… Momentos en que el horror lo domina todo como una marea, como una droga, como un somnífero.

La mujer notó que empujaban su cabeza hacia adelante.

La iban a sumergir… ¡en aquel líquido espantoso!

El intenso olor a alcohol y a aldehído fórmico casi la ahogó. Sus manos arañaron el aire.

La boca se le hundió en aquel mundo alucinante.

Por un instante vio junto a ella aquel tronco humano que flotaba. Tuvo la sensación de que iba a tocarlo con la nariz. De una

forma instintiva fue a lanzar un grito espantoso y… ¡tragó! ¡Tragó! ¡Tragó!

Por otra parte, el escozor en sus ojos era espantoso. Tuvo que cerrarlos y ya no pudo ver nada más. La mano a su espalda seguía presionando.

La enfermera tuvo un estertor.

Ahora ya llevaba la muerte en sí misma. Se estaba ahogando en aquella mezcla infecta en la que flotaba el pedazo de cadáver. Se estaba ahogando en el preciso momento en que ella empezaba a saber. En el momento en que sabía… ¡Sabía!

Sus fuerzas fallaron.

Tuvo la suerte de perder el sentido. Su corazón fue sacudido por un brutal espasmo. La angustia de la asfixia le llegó hasta los riñones, hasta el vientre.

Por fin sus movimientos fueron cesando.

La mano aún la retuvo dentro de la mezcla alcohólica hasta que la muerte fue absolutamente cierta, hasta que allí hubo un cadáver más.

Con la única diferencia de que éste estaba entero.

Las manos dejaron allí aquel cuerpo. Se volvió a hacer el silencio. La siniestra tapa de plástico se cerró otra vez.

Las luces parpadeantes envolvieron aquel horror.

La quietud del Más Allá cayó como una losa.

Capítulo IX

El abogado Kerrigan, especialista en siniestros de coches de una de las compañías de seguros más importantes del país, atizó un poco el fuego de la chimenea y pensó que iba a pasar una velada confortable al amor del fuego y hojeando uno de sus libros favoritos, la historia anecdótica del parlamentarismo inglés. Fuera hacía una noche de todos los diablos. La niebla se había ido espesando, la humedad era total y dejaba las baldosas de la calle como si hubiera llovido. Los faros de los automóviles apenas se distinguían como puntitos en las calles. La gente prefería estarse en sus casas y por las esquinas de Londres sólo vagaban unas cuantas sombras.

En cambio allí, ¡qué bien se estaba! La chimenea bien encendida, los libros que hacían grata compañía, el *whisky* escocés que acariciaba la garganta y prestaba una grata calefacción interior, la música bien tonalizada… Lo único que quizá faltaba era una mujer, pero las mujeres siempre perturban la paz de los momentos íntimos. Las mujeres siempre quieren dinero. Y siempre quieren guerra.

El abogado empezó a abrir el libro. Y en este momento el teléfono sonó.

Kerrigan fue hacia la mesa y lo descolgó con una maldición. Demasiado sabía él que era peor que un médico de urgencias, pero había confiado en que esa condenada noche no pasaría nada.

Demasiado sabía él que, según la ley inglesa, toda persona sospechosa de un delito tiene derecho a la presencia de un abogado antes de dar ni siquiera su nombre a la policía. Demasiado sabía él que la policía interviene en los accidentes graves de tráfico. Y demasiado sabía también que dos casi trescientos mil asegurados de la compañía tenían una lista de abogados a los que acudir en caso

de apuro, lista de la que él era el miembro más sobresaliente.

—¡Diga! —barbotó.

Una voz impersonal dijo:

—Perdone, señor Kerrigan, pero soy el agente Smith, de Scotland Yard, de servicio en la zona central de Baywater Road. Aquí, frente al número 180, ha habido un accidente de tráfico con un muerto. El presunto causante está asegurado en la compañía en que usted trabaja. Me ha pedido que le telefonee para que usted asuma su defensa desde este mismo instante. De lo contrario, se niega a hablar.

—¡Cuerno! ¿Y tiene que ser esta noche?

—Hay un muerto, señor Kerrigan. Lo siento de veras.

El abogado gruñó:

—¿Sabe qué le digo? Que si vuelvo a nacer otra vez me dedicaré a corredor de fincas. O a macarra en la Costa Azul. O a invertido de alquiler en las playas de Brighton. Pero a abogado de una compañía de seguros… ¡nunca! En fin, ahora voy. No me haga caso.

Se puso la americana, tomó el gabán y salió.

Su coche estaba estacionado ante la puerta.

Abrió la portezuela.

Y masculló:

—¿Qué hace usted aquí?

La penumbra de la calle le permitió ver a través de los cristales los grandes ojos de pez.

La cara un poco afilada. La cofia de la enfermera.

—¿Quién es usted? ¿Qué quiere?

Silencio total.

Un olor especial y repelente, un olor que era una mezcla de alcohol y de aldehído fórmico llenaba el pequeño coche.

—Pero ¿qué busca? ¿Por qué se ha metido aquí? ¡Si al menos fuera bonita, maldita sea!… ¡Váyase al diablo!

Kerrigan fue a echarla.

Y entonces notó algo extraño.

Y entonces supo que la llamada telefónica había sido falsa. Y entonces presintió que…

El cuchillo penetró bruscamente entre sus riñones y se retorció allí. La sangre salpicó hasta los cristales. Kerrigan lanzó un grito de agonía que se perdió en la noche.

Y luego se hizo el silencio.

Un silencio espantoso, ahogado por la niebla.

El coche se puso en marcha.

Y el cuerpo del abogado quedó tendido en la calle como un trofeo macabro. Las luces amarillas hacían que sólo pareciera un bulto informe. Un par de gatos señoriales y gordos —los astutos gatos de Londres— se acercaron sigilosamente para ver qué pasaba.

Fueron los primeros en notar aquel extraño olor que había dejado el coche. Y los únicos que lo notaron también. De verdad es una lástima que los gatos no puedan pertenecer al cuerpo especial de la policía, aunque sea cobrando en sardinas a fin de año.

CAPÍTULO X

Ray empezó su tarea de revisión por los sótanos, pensando llegar antes del amanecer al tejado mismo de la clínica.

Intencionadamente no había trazado ningún plan de conjunto con Nora, puesto que era mejor que cada uno de ellos conservara su libertad de acción. Para comunicarse en caso de urgencia tenían un método muy sencillo: utilizar el sistema de llamadas que prácticamente cubría todos los rincones del establecimiento.

En los sótanos vio el depósito de cadáveres que ya conocía, la oficina de tipo interior, unos cuantos vestuarios y un almacén de material. También una farmacia, donde se alineaban centenares de específicos. Pero nada de aquello tenía el menor matiz sospechoso.

Comprendió que era muy difícil que alguien se ocultara allí, al menos durante bastante tiempo. Todo lo que Nichols había dicho eran fantasías. Simmons no hubiera podido estar allí durante meses y meses, esperando descargar su golpe.

Consultó su reloj y vio que había transcurrido más de hora y media. Entonces comprendió que quizá sus compañeros de la Brigada de Homicidios podían necesitarle para sus investigaciones acerca del asesinato de Whitechapel. No había pensado antes en ello.

Buscó un teléfono y discó uno de los números de Scotland Yard. A Sullivan, que estaba de guardia, le indicó la dirección en donde podían encontrarle si eran necesarios sus servicios. Sus vacaciones podían considerarse interrumpidas después del asesinato de Priscille, por lo cual no debía importarles a los de la Brigada —dijo a Sullivan— llamarle en cualquier momento.

—¿Y si necesitas venir tú rápidamente? —Preguntó Sullivan—. ¿Tienes coche? A estas horas no encontrarás un taxi.

—No, no tengo coche. Sigue estacionado ahí enfrente.

—Entonces ya enviaré a alguien para que te lo deje ante la clínica. Nunca se sabe lo que puede ocurrir.

—De acuerdo. Di que deje las llaves puestas. Yo me ocuparé de aparcarlo en el sitio que más convenga.

—Tardará en llegar una media hora. Cuelgo.

—Gracias, Sullivan.

Ray colgó también y siguió revisando la clínica. Pasó por la habitación 24, donde hubiera debido encontrarse Nora, y vio que la pieza estaba vacía, señal evidente de que la muchacha exploraba también. Luego atravesó una serie de pasillos hasta encontrarse en aquella especie de museo de los horrores.

Tuvo que contener la respiración.

Aquello era espantoso.

Las cabezas flotando en alcohol, las manos que parecían aguardar, acechar en el Más Allá… Y sobre todo aquel tronco humano en una especie de pecera gigante. Aquel tronco desnudo, mutilado, atroz…

Comprendió que aquello eran casos clínicos que se habían ido reuniendo y que tenían interés científico por su rareza. Cada «trofeo» tenía una ficha con una explicación.

También el tronco humano la tenía, aunque al final se anotaba:

«Pendiente de nuevas observaciones».

Todo aquello era angustioso. Ray, pese a su experiencia, comprendió que no iba a poder aguantar demasiado tiempo allí.

Giró.

Y en aquel tiempo se abrió la puerta.

Los muelles crujieron. El propio silencio pareció recorrido por un estremecimiento.

Ray preparó los puños.

Y por poco no deshace uno de los preciosos ojos de Nora. Hubiera sido una lástima.

Ella gimió:

—¡Ray!

—Nena, si sigues presentándote tan misteriosamente en los sitios puede que alguien acabe rompiéndote una pierna.

—Yo también notaba que había alguien aquí. Por eso entraba con cuidado. Oye, esto es… es espantoso.

—Ni siquiera en las películas de horror había visto pesadillas semejantes —reconoció él—. Pero ya se sabe que en estos sitios suele haber cosas que quitan el apetito. ¿Has visto algo?

—No. Y cada vez estoy más convencida de una cosa, Ray.

—¿De qué?

—Es muy difícil que aquí haya podido esconderse el doctor Simmons durante meses. Un par de noches es posible, pero más tiempo no. Estoy de acuerdo en que encontraría comida y agua, pero un hombre necesita otras cosas: cambiarse de ropa, dormir, lavarse…

—Es la misma sensación que tengo yo, Nora.

—Pues, entonces, ¿qué hacemos aquí?

—Hay que agotar todas las posibilidades. O quizá la clínica comunica con algún otro edificio.

—No. Está en un sitio aislado.

—Es verdad… En fin, salgamos de aquí. No me gusta esta especie de museo de los horrores.

Fueron a salir, pero de pronto Ray se fijó en algo.

—Oye… Esa mancha en el suelo… Parece como si alguien lo hubiera fregado recientemente.

—Sí. Como si hubieran querido borrar alguna huella.

—¿Pero qué huellas podía haber aquí?

—Cualquiera sabe…

Los dos salieron. La verdad era que aquello no llamaba demasiado la atención. Ray consultó su reloj de nuevo.

—Deben haberme dejado el coche fuera —dijo—. Voy a colocarlo en algún sitio donde no moleste, por si lo necesito. ¿Me esperarás aquí?

—Sí. Vestida de enfermera me puedo situar en cualquier sitio. No tardes.

Él hizo un guiño de complicidad.

Salió.

El coche estaba ante la clínica y tenía las llaves de contacto puestas. Ray buscó con los ojos un lugar donde estacionarlo, pero se dio cuenta de que los operarios de la compañía del gas habían levantado una zanja en parte del lugar reservado a aparcamiento y que el resto estaba lleno de coches. Se encogió de hombros y decidió dejarlo en el *parking* que, al fin y al cabo, estaba al lado.

Entró con el coche. Tinieblas.

Silencio.

«*Stop*. Recoja su tiquet».

Ray lo tomó y pasó adelante. Todo estaba vacío y silencioso. No había más que un par de coches allí. La sensación de catacumba resultaba casi estremecedora.

Ni un empleado. Ni una voz. Ni el vuelo de una mosca.

Estacionó el vehículo al fondo y trató de ver al menos al empleado de la taquilla, pero no lo distinguió tampoco. Las escasas luces apenas rasgaban las tinieblas. La que indicaba la salida de peatones era parpadeante.

Ray pasó por delante del único coche estacionado.

Y de pronto distinguió que había alguien en él. Era apenas como una sombra, pero le llamó la atención. Una sombra con relieves fantasmales y blancos.

Se acercó a la ventanilla.

Y vio lo que eran aquellos relieves: la cofia de una enfermera. Vio también las facciones afiladas. Los ojos de pez.

Él la conocía. Era la que le había informado de que el doctor Simmons sólo estuvo unas horas en la clínica. No se podía saber por qué diablos estaba allí, pero de todos modos casi resultaba consolador encontrarla. Al fin y al cabo, era una cara amiga.

—Eh… —dijo Ray—. Salga…

El silencio impenetrable de la tumba.

—Pero ¿qué ocurre? ¿Está dormida?

Abrió la portezuela.

Y en ese momento la enfermera cayó a un lado. La simple diferencia en la presión, al abrirse aquella puerta, la hizo vacilar y luego desplomarse. Su boca se abrió en una mueca macabra.

Ray sintió que la lengua se le pegaba al paladar. La mujer estaba muerta. Y aquel leve olor que se desprendía de ella… Aquel leve olor… ¡Por todos los infiernos! ¿Dónde lo había captado antes?

¿Dónde?

Los suaves pasos que se oían a su espalda le hicieron entonces volverse con una brusca sensación de alarma. Tendió el brazo derecho para hacer un gesto de defensa que era al mismo tiempo una llave de judo.

Pero ya no tuvo tiempo. El hombre que estaba tras él le había golpeado en seco con una llave inglesa sacada de alguno de los coches. El brutal impacto alcanzó a Ray casi en la nuca.

Cayó de rodillas.

Sus ojos se nublaron, pero a pesar de eso y de la penumbra pudo distinguir al tipo que se disponía a golpearle otra vez. Lanzó un grito de rabia:

—¡Otto Fairbanks!

Fairbanks levantó de nuevo la llave inglesa y se dispuso a golpear con todas sus fuerzas, en un ataque que podía ser mortal. Pero si pensaba que estaba ante un enemigo que no sabía luchar, se equivocaba de medio a medio. Porque inmediatamente sintió trabada una de sus piernas.

Vaciló.

El golpe de la llave inglesa fue a abollar la carrocería del coche.

Ray disparó su puño derecho y propinó un terrible golpe al bajo vientre de su enemigo.

En la posición en que se hallaba, casi caído de rodillas, aquél era el sitio más vulnerable.

Notó que Fairbanks saltaba hacia atrás, lanzando un aullido de dolor y de miedo.

Ray fue a ponerse en pie para seguirle y vaciló. El primer impacto había sido más fuerte de lo que creyó al principio. Pudo ver que Otto Fairbanks se introducía velozmente en uno de los coches.

Oyó el ronroneo del motor.

Ray se dio cuenta de lo que iba a ocurrir.

Saltó con la velocidad de una bala.

Y tuvo suerte al hacerlo así, porque de lo contrario no hubiera podido contarlo. El coche ya venía hacia él con toda la fuerza que le daba la primera velocidad. La situación se había invertido en cuestión de segundos.

Ray voló materialmente hacia el vacío.

El coche pasó junto a él.

Se estrelló contra la pared donde debía haberle aplastado. El impacto fue brutal y hasta la pared se cuarteó. Pero el coche, nada menos que un «Jaguar» de construcción honradísima, resistió muy bien aquel brutal impacto. Otto pudo dar marcha atrás.

Sacó el bólido de allí.

Quería probar de nuevo.

Sintiendo que todo daba vueltas en torno suyo, Ray intentó protegerse tras uno de los coches. Si un policía como él hubiese podido llevar armas, la cosa hubiera quedado resuelta en un parpadeo, pero ahora sólo disponía de sus puños… y de su agilidad. Saltó de nuevo mientras el «Jaguar» volvía.

El segundo choque fue más impresionante que el primero.

Resultó casi atroz.

El vehículo en que estaba la enfermera salió despedido a varios metros de distancia. El «Jaguar» le había cazado de flanco. Los dos quedaron empotrados mientras el *parking* se llenaba de una densa humareda.

Un incendio allí podía ser fatal, porque el humo tenía una difícil salida, pero por suerte el incendio no acabó de producirse. Ray se dio cuenta de que la enfermera había salido despedida por la otra puerta y de que su cabeza estaba abierta por la mitad. Había muerto dos veces, si morir dos veces es posible.

Se balanceó en el aire.

El humo le impedía ver de momento. Se dio entonces cuenta de que el «Jaguar», con una resistencia a los golpes realmente admirable, volvía de nuevo hacia él.

Saltó de costado otra vez.

Pero ahora sus reflejos no fueron tan rápidos, quizá porque el humo le tapaba los pulmones. La carrocería del precioso coche lanzado le rozó. El joven salió despedido contra una de las paredes.

El «Jaguar» hizo un terrible viraje.

Sus neumáticos chirriaron escandalosamente.

Pero no había nadie allí para preocuparse de eso. Nadie pareció oír nada. Otto Fairbanks pudo frenar justo unos centímetros antes de estrellarse contra una de las paredes.

Miró en torno suyo.

No se veía ni rastro de Ray.

Pero no había triunfo en la expresión del asesino. Había miedo. Siguió mirando en torno con la esperanza de encontrar al policía y rematarlo.

Los criminales del tipo de Otto Fairbanks son peores cuando el miedo les domina.

Entonces no tienen tope.

No se dio cuenta de que Ray estaba sin sentido, a poca distancia de allí, entre las ruedas de un viejo «Singer». La penumbra hacía muy difícil dar con él. Fairbanks pensó que tal vez había podido huir, aunque le extrañaba.

De todos modos no estaba dispuesto a perder tiempo. No le encontrarían allí.

No podrían culparle de nada.

Ahora ya sabía algo que cambiaba las cosas y que facilitaba enormemente su huida.

Fue hacia el armario de las herramientas que había al final del primer piso.

CAPÍTULO XI

Nora aspiró el silencio.

Consultó su pequeño reloj y se dio cuenta de que Ray llevaba ya casi veinte minutos fuera. Era extraño. Para retirar un coche no se necesita tanto tiempo, y menos de noche, cuando suele haber sitio para estacionar.

Un estremecimiento la recorrió.

Quizá le había sucedido algo.

Miró en torno suyo y captó uno por uno todos los sonidos habituales de la clínica, y que ahora le parecían cargados de misterio: los lejanos timbrazos de las habitaciones, el «zuuuum» del ascensor, el «tac tac tac» de algunos pasos, el golpeteo de alguna remota puerta… Todo aquello la atosigaba y le hacía ver fantasmas hasta en los rincones más insignificantes. Incluso la luz clara de los tubos de neón se iba haciendo angustiosa y plomiza.

Comprendió que no iba a poder estarse quieta allí.

Anduvo unos pasos hacia una de las habitaciones. Le parecía haber oído un leve ruido en ella.

Quizá Ray volvía por aquel lado.

Se enfrentó a la penumbra. Vio que era una de las habitaciones de servicio. En ella había una mesita, un catre para la enfermera de guardia y un armario. La puerta de ese armario estaba abierta y oscilaba a un lado y otro con un crujido, como si alguien acabase de moverla. En su interior imperaba la oscuridad.

La muchacha se acercó hacia allí. Vio las tinieblas.

Y captó un aliento caliente. Espeso.

¡Alguien estaba allí dentro!

¡Alguien acechaba!

Las manos salieron entonces disparadas desde la oscuridad. Fueron hacia su cuello. Los dedos febriles rodearon su garganta.

Se oyó una risita queda, siniestra.

Hubiera podido decirse que era la risa de un fantasma.

* * *

Ray se fue desperezando poco a poco. El último golpe recibido había sido lo bastante fuerte como para dejar sin huesos a un hombre que no tuviera su resistencia. Si él llega a ser un débil y enteco oficinista de la City, no lo cuenta. De todos modos, la cabeza le daba vueltas y seguía teniendo una profunda sensación de vértigo.

Se puso en pie y avanzó hacia el «Jaguar».

El hermoso coche tenía todo el morro destrozado, pero el motor aún seguía funcionando. Era fantástico. El fugitivo ni siquiera había cortado el contacto, lo cual indicaba las prisas con que había salido de allí.

Para prevenir cualquier incendio, pues parte de las junturas de goma se estaban quemando (y de aquí la humareda), Ray cerró el contacto y desconectó la batería. Luego avanzó hacia el cadáver.

La enfermera no presentaba señales externas de violencia. Era difícil, a primera vista, decir de qué diablos había muerto. Pero una cosa estaba clara para Ray, y era aquel olor penetrante, casi inconfundible, viscoso, denso…

Él lo había captado antes de ahora, pero no sabía bien dónde. Y entonces su memoria le dio la clave. ¡Infiernos! ¡Había sido en la sala donde estaban las piezas anatómicas! ¡En la sala de los «trofeos»!

La cabeza le dio vueltas otra vez. Le costaba imaginarlo.

Lanzó un gruñido y fue hacia la salida del *parking*.

Ya sabía lo bastante como para telefonear a sus compañeros de Scotland Yard. Y en la taquilla de salida tenía que haber alguien. Aunque aquello fuera el fin del mundo, aunque fuera la entrada de los infiernos… ¡tenía que haber alguien!

Y claro que lo había.

Ray lo vio cuando estaba a poca distancia. Vio la capucha negra. Vio los dos únicos puntos blancos en los orificios que correspondían a los ojos.

Y vio también el rifle con silenciador que le estaba apuntando.

Directamente a la cabeza.

* * *

Cuando Nora sintió aquellos dos garfios en su cuello intentó gritar, pero no pudo hacerlo. Los dedos la apretaban con tal fuerza que le cortaban la respiración. Cayó hacia atrás suavemente.

Su joven cuerpo adquirió una suavidad mórbida.

Sus piernas vacilaron y terminaron elevándose en el aire.

Cayó sobre el camastro.

Y se dio cuenta con horror de quién era el que le sujetaba. Recordó en unos instantes que aquella cara ya la había visto antes. Tuvo un ronco estertor cuando se dio cuenta de que aquellas manos trataban de desgarrar sus ropas.

Fairbanks lanzó una risita diabólica.

Jamás hubiera imaginado tener tanta suerte.

Encontrarse con una víctima como aquélla.

Tan tentadora, tan deseada, tan joven.

Tan *vo-lup-tu-o-sa*.

Los ojos se le salían de las órbitas.

Pero comprendió que Nora iba a chillar, puesto que si con las manos le desgarraba las ropas ya no iba a poder apretarle el cuello. Por lo tanto, empleó su vieja técnica de rufián tantas veces ensayada.

La golpeó brutalmente en la mandíbula.

La dejó fuera de combate.

A partir de aquel momento, Nora pasó a ser simplemente un bulto inerte, indefenso, blando, pero igualmente tentador para los instintos de aquel miserable. La rodeó en sus brazos.

* * *

Ray vio el rifle y se dio cuenta instantánea de lo que iba a suceder. Sus reflejos funcionaron ahora con una perfección total con una sincronización absoluta y también con esa desesperación que da la certeza de la muerte.

Si ahora vacilaba, estaba listo.

Rodó por el suelo mientras el rifle disparaba una vez. Apenas se oyó un leve taponazo. La bala pasó un poco alta, produjo un silbido junto a Ray y fue a hundirse en el sólido suelo de cemento.

La figura negra se alzó un poco.

No sabía si había acertado o no. Veía confusamente a Ray. Por si acaso, se echó otra vez el rifle a la cara. Ray giró sobre sí mismo.

La sincronización de sus movimientos resultó perfecta.

Sólo un hombre entrenado como él podía hacer aquello. Calcular los gestos de su enemigo, la trayectoria del disparo, la fuerza de la bala… El plomo pasó junto a su clavícula y resbaló por el piso de cemento. Esta vez el encapuchado tuvo la perfecta convicción de que había acabado con él.

Pero no podía perder tiempo en averiguarlo de una manera más directa. En cualquier instante podía bajar un coche por la rampa y verle. Precisamente un motor runruneaba a pocos metros y daba la sensación de que iba a bajar.

Ray no llegó a darse cuenta de que aquel simple ruido le salvaba la vida. Él no llevaba armas, y si el fantasma del rifle llega a acercarse, la situación hubiera sido dramática. Pero con el rabillo del ojo vio que aquella especie de monstruo negro se largaba. Lo vio hundirse en las sombras del interior del *parking*.

¿Hacia dónde?

Ni que fuera a las profundidades del infierno…

* * *

Fairbanks se dio cuenta de que su víctima ya no ofrecería resistencia, de que todo iba a ser fácil para él. En su mente enferma se dispararon uno tras otro una serie de resortes que le excitaban, que le excitaban cada vez más, hasta hacerle perder el poco juicio que aún podía conservar. La emoción fue tan intensa, tan febril, que hasta los ojos se le llenaron de lágrimas.

Quizá un psiquiatra hubiera disfrutado allí, porque realmente Fairbanks era un caso clínico digno de verse. Pero una persona normal, una persona sensible, no hubiera sentido más que una náusea.

Las ropas de enfermera desaparecieron.

Fairbanks lanzó una especie de gruñido.

Y en aquel momento la puerta se abrió. Una muchacha que apenas tendría veintidós años entró de pronto. Sus ojos se dilataron de sorpresa y de miedo al contemplar la innoble escena.

—¿Pero qué pasa aquí? —gimió.

En el primer instante no se le ocurrió gritar. Estaba tan asustada

que sus pensamientos se paralizaron. Quedó allí quieta, con la boca abierta, como una idiota.

Fairbanks saltó como una fiera.

Ahora ya no quedaba en él ni un mínimo de dignidad humana. Cualquiera que le hubiese matado podía hacerlo con la conciencia bien tranquila: no hubiera matado a un hombre, sino a un reptil. Las dos manos sujetaron atrozmente la cara de la joven enfermera.

Le golpeó dos veces la cabeza contra la jamba de la puerta.

Se oyeron dos secos choques.

Las piernas de la muchacha vacilaron.

Cayó con los ojos en blanco.

Fairbanks lanzó una risita seca. Nunca había tenido tanta suerte. En lugar de disponer de sólo una mujer bonita, disponía de dos. Con movimientos febriles amordazó a la enfermera con su propio pañuelo.

Luego hizo lo mismo con Nora.

Les quitó las medias a las dos.

Sus movimientos estaban llenos de excitación. Como disponía de cuatro medias, pudo atar con cada una de ellas las muñecas y los tobillos. Las dos mujeres quedaron amordazadas, sin poder moverse y absolutamente a su merced. Otto Fairbanks lanzó al aire una risita silenciosa.

Era su gran noche.

Podía estar allí todo el tiempo que quisiera.

Para que nadie le interrumpiese, fue a buscar la llave. Cerraría aquello. Posiblemente en muchas horas nadie se acercaría por allí, pero si alguien se presentaba desistiría al ver la puerta cerrada herméticamente.

Salió al pasillo.

Vio un cuadro clavado en la pared y del que colgaban unas cuantas llaves. Alguna de ellas debía ser la de la puerta. Empezó a mirar.

Y algo giró entonces a su espalda.

Otto Fairbanks quedó espantosamente quieto. Notó la corriente de aire en su nuca.

Una puerta se había abierto a su espalda. Su instinto le dijo que unos ojos quietos le estaban taladrando desde poca distancia.

No se atrevió ni a respirar.

Tuvo en los huesos la sensación de la muerte.

Pero ¿por qué no ocurría nada? ¿Quién era el que estaba a su espalda? ¿Por qué no le atacaba? ¿Por qué no hablaba al menos?

¿Quién era?

La voz fue de hombre. Aquella voz dijo quietamente:

—¿Por qué no se vuelve?

Fairbanks se volvió. La mandíbula inferior le temblaba tanto que sus dientes parecían colgar en el vacío.

Pudo ver al tipo que estaba apenas a tres pasos, cuadrado en el umbral de un despacho.

Era un hombre que no tenía nada de especial.

O quizá sí.

Llevaba una bata blanca.

Y una pipa en la mano derecha.

Con ella estaba haciendo algo quizá absurdo. Estaba vaciando el tabaco acabado de cargar en la palma de su mano izquierda.

CAPÍTULO XII

La voz repitió otra vez:

—¿Por qué no se vuelve?

Fairbanks ya lo había hecho en parte, pero lo hizo del todo. Quedó quieto ante aquel hombre. Éste parecía no sospechar nada, porque le miraba sin ningún recelo. Lo único extraño era aquella chispita que había en el fondo de sus ojos, aquella chispita que por momentos se estaba haciendo negra…

Fairbanks pensó que las dos mujeres no iban a moverse en la habitación de al lado, y eso le dio confianza. Con un poco de suerte podría despistar a aquel tipo. Haciendo un gesto de confusión murmuró:

—Creo que me he perdido.

—¿Sí?

—Bueno… He venido a traer un enfermo.

—Ah, ya.

—Y no encuentro la salida.

—Eso es fácil. La puerta del fondo le llevará a la calle.

—Gra… gracias. Entonces me voy.

En realidad, Fairbanks pensaba atacar a aquel hombre en cuanto se descuidase, porque no iba a renunciar así como así a las dos presas que tenía a su disposición. Pero por el momento, tenía que disimular y fingir que se dirigía hacia la puerta.

La voz metálica dijo de nuevo:

—Espere.

—¿Qué… qué pasa?

—Me gustaría hablar con usted. Entre.

—¿Y qué necesidad hay de eso?

—Sólo para saber dónde está instalado el enfermo que ha traído. Es pura rutina. Por favor, entre.

Fairbanks accedió. Quizá dentro del despacho tendría más oportunidades de atacar a aquel tipo. Sus nervios empezaron a vibrar, indicando una próxima crisis, pero sólo un psicólogo muy experto hubiera podido notarlo.

Pasó al despacho, donde había una mesa metálica, dos sillas, una mesa de exploraciones y una bandeja con instrumental. Los bisturíes afilados como flechas brillaban quietamente bajo la luz rosada.

El hombre de la bata blanca se sentó a su lado. Ahora hacía otra cosa irrazonable, que era cargar su pipa con el tabaco que había sacado antes. Y una vez la tuvo cargada… ¡la vació de nuevo!

Los ojos de Fairbanks seguían inquietos aquellos movimientos sin sentido.

—¿Qué le pasa? —preguntó el médico.

—Nada… Me extraña lo que hace usted con su pipa.

—¿Por qué?

—La carga y la descarga continuamente. Si no piensa encenderla, ¿por qué cuerno ha de hacer eso?

—Tiene razón. No me había dado cuenta. Perdone.

Pero siguió haciéndolo.

Una vez…, otra vez… Otra vez…

El silencio era espantoso.

Fairbanks empezaba a notar que unas gotitas de sudor helado se clavaban pegajosamente en sus sienes.

—¿Quién es usted? —musitó al fin.

—¿Y usted?

—Me llamo Otto Fairbanks.

—Yo soy un alto directivo de esta clínica.

—Pero ¿qué alto directivo? ¿Cuál es su nombre?

—Me llamo doctor Simmons.

El nombre no dijo absolutamente nada a Fairbanks. Se encogió de hombros mientras explicaba:

—El enfermo ha sido depositado en la habitación treinta y dos. La treinta y dos o la treinta y cuatro, no lo sé bien. Pero telefonee y se lo dirán. Mire, a su espalda tiene el teléfono.

Y apretó los labios.

Si el otro se volvía…

Pero el doctor Simmons dijo con una tranquilidad glacial:

—Puede irse si lo desea. No voy a hacer ninguna comprobación. Me fío de lo que acaba de decir usted.

—¿De veras?

—Oh, claro… Ya puede ir hacia la salida. Siento haberle molestado con tantas preguntas.

—¡Pero si no me ha hecho ninguna pregunta!…

—Es igual. Perdone. No tiene importancia.

Fairbanks sentía que aquellas gotitas de sudor se pegaban más y más a sus sienes.

Nunca había visto a un tipo como aquél. No le gustaban sus palabras ni sus manos. No le gustaba la lucecita negra de sus ojos.

—Llevo mucho tiempo aquí —dijo con suavidad el doctor Simmons—. Conozco estas habitaciones como la forma de mis propios dedos. Las conozco muy bien. Y estos sótanos… Todo muy bien, ¿sabe? Como si los hubiera construido yo mismo.

Rió quedamente.

Fairbanks estaba ya en la puerta. Sentía algo que, por lo general, él inspiraba a los demás. Sentía miedo. El miedo era como una mano que parecía haberse aposentado en su garganta, impidiéndole respirar.

Pero estaba a punto de escapar. Ya nada le retenía allí… Atravesó el umbral. Tenía en aquel momento medio cuerpo fuera.

Y de pronto la puerta le golpeó con un seco chasquido. Demasiado tarde se dio cuenta de que un muelle la hacía dispararse, y de que aquel muelle se accionaba por una palanca situada bajo la mesa del doctor Simmons. La hoja de madera, con bordes de metal, le cazó con medio cuerpo fuera y medio cuerpo dentro. El dolor fue terrible cuando la puerta le destrozó una clavícula. Quedó apresado, sin poder ir ni atrás ni adelante, mientras aullaba de dolor.

Simmons se acercó a él.

No parecía preocuparse por el ruido.

—Toda esta zona está insonorizada —dijo—. Y, si algo se oyera, las enfermeras creerían que es un agonizante al que no se le ha dado a tiempo la morfina. Ya puedes gritar, maldito. Hazlo ahora que aún tienes boca…

Y tomó uno de los bisturíes.

Fairbanks dejó de gritar.

El horror le atenazó de tal modo que impidió que cualquier sonido brotara de su garganta.

Con ojos alucinados, vio que el bisturí se acercaba a él. Simmons reía quedamente.

Aún conservaba la pipa en la mano izquierda.

Con la derecha trazó un seco corte buscando la garganta de Fairbanks. Éste aún intentó desesperadamente esquivarlo, pero la puerta le tenía atrapado como si fuera un cepo. La punta de acero le desgarró la piel con una suavidad casi exquisita, como en una operación quirúrgica.

Echó la cabeza para atrás.

Los ojos se le salían de las órbitas.

Vio que el borde de la puerta se teñía de rojo, pero no se dio cuenta de que aquello era su propia sangre.

El bisturí trazó un segundo corte.

Ahora fue mucho más profundo.

Le rasgó la aorta.

La sangre salió a borbotones, a chorros, mientras el doctor Simmons se apartaba un poco para que su bata no recibiera salpicaduras. Con una expresión ansiosa, como si estuviera en una especie de éxtasis, fue cargando la pipa con movimientos cada vez más rápidos mientras el otro se desangraba. Luego movió el resorte de nuevo y abrió del todo la puerta.

Fairbanks ya no podía salir. No tenía fuerzas para nada. Anduvo un paso y cayó cruzado en el pasillo, regándolo con su sangre.

Simmons volvió a reír quedamente.

Pero aquella muerte aún debió parecerle demasiado rápida, porque hizo un gesto de desencanto cuando Otto Fairbanks quedó quieto para siempre. El color de su piel era ya de una palidez tan espantosa que parecía como si por debajo no hubiera circulado la sangre jamás. El doctor Simmons se guardó la pipa y pasó por encima del cadáver con un gesto de indiferencia.

Fue hacia la puerta que estaba un poco más allá.

Sabía que allí dentro había dos mujeres encerradas.

Dos mujeres que tenían ya contados los minutos de sus vidas…

Capítulo XIII

Después de ver desaparecer al fantasma, Ray tuvo un gesto de aturdimiento y vaciló sin saber qué dirección seguir. Por un lado veía la oscuridad del *parking*. Por otro, la salida más allá de la cual estaba la niebla de Londres, pero donde encontraría una seguridad, una orientación y un teléfono para pedir ayuda. Cualquier hombre en su sano juicio se hubiera inclinado por esa segunda salida, ya que el *parking* podía convertirle fácilmente en su propia tumba.

Pero Ray optó por la solución de hundirse en las profundidades del sótano. El fantasma se había evaporado por allí, lo cual indicaba que tenía que existir una salida y, por lo tanto, una pista.

¿O quizá le estaba esperando entre las sombras para asestarle su golpe de muerte?

Ray avanzó conteniendo la respiración.

Oía el ruido quedo de sus propios pasos.

Las luces amarillas apenas rasgaban más que una porción de tinieblas. Detrás de cada uno de los pocos coches estacionados, podía acechar la muerte. Los últimos límites del *parking* se perdían en las tinieblas.

Los ojos del joven escrutaban el interior de los vehículos.

La muerte podía estar en cualquiera de ellos.

Pero allí sólo imperaba el silencio. Nadie le buscó. Llegó hasta la rampa que conducía al segundo sótano.

Aquella zona estaba mucho mejor iluminada, y las dos direcciones separadas por una raya amarilla resultaban claramente visibles. Ahora los pasos resonaban con más fuerza en aquel ambiente que parecía estar lleno de extrañas oquedades.

La segunda planta estaba completamente vacía. No había ni un coche en ella. Eso permitía distinguir con cierta facilidad toda la extensión del sótano, al final del cual había una pared desnuda. Ray

se dio cuenta de que allí no le acechaba la muerte, pero se dio cuenta también de que nada averiguaría en un sitio semejante. Volvió a la primera planta.

Sentía la lengua pegada al paladar. Había momentos en que le parecía tener allí un pedazo de desierto.

En la primera planta seguía imperando el mismo silencio viscoso de antes. Ray bordeó los coches, avanzando agazapado entre ellos.

Llegó así hasta el armario de herramientas instalado al final. Lo abrió con la convicción de que allí estaría acechando un rifle a punto de disparar.

Sin embargo, no ocurrió nada. El fantasma vestido de negro parecía haberse esfumado por completo. En el interior del armario no había más que unas herramientas, los dos gatos… y un bulto humano hecho un ovillo. Ray se inclinó sobre él.

Su garganta se contrajo al palpar la piel fría del cadáver. Aquel tipo llevaba al menos dos horas muerto. Sus ropas sencillas, su aspecto general y, sobre todo, una placa con el nombre del *parking* que llevaba colgada en el pecho, le indicaron que aquel hombre era el cobrador de la salida. O lo había sido. Una fina punzada en la nuca, por la que apenas había brotado la sangre, indicaba sin lugar a dudas la causa de su muerte.

Ray se puso en pie poco a poco. Sus nervios vibraban.

Hubiera necesitado hacer algo para librarse de aquella terrible tensión. Tal vez gritar. O atacar a alguien. O golpear las paredes hasta destrozarse los puños…

Pero su instinto de investigador se impuso a todos aquellos sentimientos. Fue hurgando por entre las herramientas para ver si encontraba algo de interés. Y entonces se dio cuenta de algo que parecía no encajar.

El extremo de uno de los gatos penetraba en un pequeñísimo hueco de la pared.

Aquello parecía un leve desperfecto, pero no había razón para un desperfecto así en un *parking* nuevo. Sus dedos hurgaron en los bordes de aquel hueco.

Y descubrió el pequeño resorte. Era una palanquita que, al ser empujada hacia adelante, producía un leve zumbido.

Allí detrás había un motor eléctrico muy bien oculto. Incluso era más que posible que, para evitar cordones e instalación, tomase su

fuerza de una batería. Ray vio con sorpresa que el panel de pared giraba un poco.

Dejaba un hueco suficiente para el paso de un hombre.

Se introdujo por él.

Más allá había una masa cubierta de tinieblas.

Ray notó que el panel de pared volvía a girar a su espalda con un levísimo zumbido. Se encontró acorralado en una superficie cerrada.

Sus dedos tantearon aquel sitio y notó frente a él algo parecido a una puerta. La empujó con suavidad.

Y vio que acababa de salir de un armario donde se guardaban una serie de mesas metálicas plegables. Supo entonces dónde estaba. Se dio cuenta de que acababa de poner los pies en la clínica.

* * *

El doctor Simmons empujó también con suavidad la puerta más allá de la cual sabía que estaban las dos mujeres. Entró en aquel recinto dejando que una fría sonrisa se dibujara en sus labios.

La joven enfermera abrió los ojos desmesuradamente.

Por un momento brilló en ellos una chispita de esperanza, pero aquella chispita duró todo lo que tardó en darse cuenta de que el hombre que acababa de entrar llevaba en la derecha un bisturí manchado de sangre.

Con un gesto de temor se replegó sobre sí misma.

Pero estaba atada de pies y manos con sus propias medias y no podía moverse. La mordaza le impedía gritar. Al notar aquella mirada diabólica clavada en su cuerpo sintió que un estremecimiento le llegaba hasta los huesos.

Por su parte, Nora, que también había recobrado el conocimiento, apenas entendía nada aún. Con ojos desencajados observó los movimientos de aquel hombre. Se dio cuenta de que avanzaba con el bisturí tinto en sangre.

La enfermera intentó desesperadamente gritar.

La mordaza temblaba en su boca. Estuvo a punto de escupirla. Su cuerpo se convulsionó trágicamente mientras todos sus músculos parecían a punto de estallar.

Simmons movió la mano derecha.

El bisturí trazó también un corte seco. La sangre saltó. Algunas

gotitas fueron hasta las mejillas de la aterrorizada Nora. El cuerpo de ésta se convulsionó de tal forma que llegó a brincar en el aire.

Chocó contra una de las paredes.

A pesar de la mordaza se oyó un chillido gutural, aterrorizado, un grito que surgía del fondo de sus vísceras…

La joven enfermera se estaba desangrando. Tenía los ojos espantosamente abiertos, mientras su cuerpo se estremecía en oleadas rítmicas. Nora, apenas a dos pasos, tuvo otro salvaje estremecimiento que la proyectó de nuevo contra la pared.

Se dio cuenta de que la próxima víctima iba a ser ella. Encogió el cuello de una forma instintiva, procurando ocultar la garganta, aunque sabía que eso de poco iba a servir. El bisturí se movió en su dirección.

Y de pronto volvió a sonar aquella risita silenciosa, aquella auténtica risita de loco.

Despertó dormidos ecos en las paredes desnudas.

El doctor Simmons dejó caer el bisturí. Se estaba divirtiendo con el terror de la muchacha. Sujetó entonces a ésta por los tobillos y la arrastró fuera de allí por el silencioso pasillo.

Todo estaba vacío, como sí la clínica no hubiera sido habitada jamás. Y entonces Nora se dio cuenta de una cosa que hasta entonces no había creído posible: las casas modernas, asépticas, frías, pueden dar más miedo que los pasillos de un viejo castillo escocés. Son más hostiles y más inhumanas.

Siempre arrastrándola por los pies, pero sin que la visión de las espléndidas piernas de la muchacha le afectara en absoluto, el doctor Simmons la hizo entrar en una nueva y gran habitación que parecía un laboratorio. Pero flotaba allí un especial olor, un olor sutil y a la vez nauseabundo que al principio no supo identificar y que luego le hizo erizar hasta el pelo de las axilas.

Porque se dio cuenta de que aquello era ni más ni menos que un gabinete de embalsamamiento. Los numerosos muertos que pasaban por allí debían ser reexpedidos, al menos parte de ellos, a lejanas ciudades desde donde sus familiares los habían enviado como una última esperanza. Todo aquello requería tratamientos especiales o embalsamamientos completos. Nora se dio cuenta de que su cuerpo acababa de trasponer las barreras del infierno.

Porque lo que se hacía con los muertos a ella iban a hacérselo…

¡estando viva!

Chilló tan desesperadamente que pareció ir a tragarse la mordaza, pero ni un sonido brotó al exterior. Entonces sus ojos desencajados pasearon por aquel recinto del Más Allá.

Vio que a un lado, junto a mesas de mármol y grandes cubos para los desperdicios orgánicos, había la boca de un horno crematorio. Era lógico, pues bastantes vísceras debían ser arrojadas allí para su destrucción completa. Pero no fue el horno lo que la hizo temblar, puesto que, al fin y al cabo, por la boca no cabía su cuerpo. No iban a quemarla viva, o al menos no lo harían antes de descuartizarla.

Se dio cuenta entonces de que los ojos de aquel loco iban hacia un recipiente de grandes dimensiones semejante a una bañera de cristal o de plástico. Aunque más que una bañera podía parecer una pecera enorme. Dentro había un líquido claro que hubiese podido parecer leche condensada, pero que era de color algo más sucio. Nora, relacionando todo lo que acababa de ver, pensó que sólo podía ser una cosa: parafina.

La parafina es una de las sustancias que se emplean para el embalsamamiento, aunque, por supuesto, hay otras técnicas. No resultaba difícil deducir que los cadáveres recibían un baño en aquel recipiente. Y por lo que pudo deducir… ¡ella iba a recibir también aquel baño, pero estando viva!

Otra vez gritó con desesperación, con todas sus fuerzas, y otra vez el grito quedó ahogado en la mordaza.

El hombre que se movía en torno suyo oprimió un resorte y debajo del recipiente brotaron las llamas. Había un conducto de gas que calentaba la parafina. Otra vez la risita del loco volvió a sonar.

Las manos ávidas realizaron la tarea que Otto Fairbanks no había podido terminar: desgarraron las ropas de Nora que aún estaban intactas. Pronto ésta quedó a la moda de la Madre Eva, a excepción de la mordaza y de las medias que sujetaban sus muñecas y sus tobillos.

La fantástica belleza de la muchacha tampoco pareció impresionar demasiado a aquel monstruo.

Sus deseos iban por otro lado.

La alzó, sujetándola por debajo de las axilas, y la izó con fuerza. Unos segundos después la muchacha estaba dentro del baño de

parafina. Toda ella se convulsionó brutalmente.

Por descontado que la temperatura dentro de aquel recinto aún era muy soportable, puesto que el gas que lo calentaba por debajo aún no había podido producir apenas efecto. Pero dentro de unos minutos —cinco o seis a lo sumo— aquello se convertiría en un horno insoportable. Nora moriría abrasada viva.

Sus ojos reflejaron un dolor inhumano, un horror que estaba más allá de la muerte.

La luz espectral la envolvió.

El monstruo la empujó hacia abajo, disponiéndose a hundirle la cara en aquel líquido viscoso.

Capítulo XIV

Ray anduvo con todos los nervios en tensión por el pasillo silencioso. Se dio cuenta de que estaba en el sótano de la clínica, el cual se hallaba exactamente al nivel del primer sótano del *parking*. La zona en que ahora se encontraba tenía una serie de utilidades no estrictamente médicas, pero indispensables en un centro de aquella clase: almacén, calderas, cuartos de descanso, zona de embalsamamiento seguramente…

Por esa razón, y sobre todo durante la noche, nadie se acercaba por allí. Ray se encontraba en el corazón de Londres y, sin embargo, era como si acabara de pisar una isla desierta.

Vio una puerta entornada.

La empujó.

Y sus ojos se dilataron de sorpresa al ver aquella escena macabra. Otto Fairbanks yacía completamente desangrado en el inicio de un pasillo, junto a la entrada de un despacho donde no había nadie. A poca distancia, por otra puerta entreabierta, escapaba un espeso hilo de sangre.

Ray sintió que todos los nervios le pinchaban dentro del cuerpo. Estuvo a punto de saltar hacia aquella puerta, dominado por un impulso frenético. Pero logró que su mano la empujara con calma, mientras todo su cuerpo se disponía a saltar por si más allá acechaba algún peligro.

No había nadie.

Sólo el cuerpo contorsionado de una joven enfermera semivestida a la que alguien había degollado. El arma homicida, un bisturí tinto en sangre, estaba en el suelo, y la «técnica» empleada era la misma que la que había servido para causar la muerte de Fairbanks.

Ray volvió la cabeza poco a poco. Sus nervios parecían haberse

erizado.

Alguien estaba detrás suyo. Lo presentía. Alguien le estaba mirando. Alguien… ¡le espiaba desde más allá de la puerta!

—No puede ser… —dijo entonces la voz—. ¡No puede ser! ¡Es espantoso!

Ray terminó de volverse y vio al doctor Nichols que miraba todo aquello con ojos aterrados.

Parecía fuera de sí.

Su mandíbula temblaba frenéticamente.

—No puede ser… —repitió.

Ray preguntó con voz opaca:

—¿Dónde estaba usted? ¿De dónde ha salido?

—Busco a Simmons… ¿Pero no se da cuenta de lo que esto significa? ¡Ahora comprendo que tiene que estar cerca!

—Muy cerca —dijo Ray quedamente—. Vamos.

Una calma glacial había vuelto a él. Después del primer impacto, era otra vez dueño absoluto de sus nervios.

Señaló el pasillo.

—¿Ha visto a Fairbanks? —preguntó.

—He visto a un hombre muerto ahí. No sé cómo se llama.

—Hay que avisar a la policía.

—Usted es la policía…

—Pero no puedo vigilar todas estas habitaciones al mismo tiempo. Habrá que rodear el edificio y movilizar a bastantes hombres. También habrá que rodear el *parking*.

—¿El *parking*? ¿Por qué?

—Comunica con esto.

—¿De dónde ha sacado una historia semejante?

El médico parecía aterrado. Dos veces chocó contra la pared mientras avanzaba, como si estuviera borracho.

—¿Dónde hay un teléfono? —preguntó Ray.

—En ese despacho.

—¿En el sitio donde está muerto Fairbanks?

—Sí.

Ray entró. Vio, en efecto, el teléfono tras la mesa. Descolgó el auricular y no obtuvo ninguna señal de comunicación. Era igual que si acabara de descolgar una percha.

—¿Qué pasa? —preguntó el médico.

—Alguien acaba de desconectar el cable.

—Es ridículo…

—¿Ridículo, por qué?

—No estamos en un sitio aislado. Subiendo unas escaleras llegamos a un piso donde hay docenas de enfermeras y gente que puede ayudarnos. Y donde hay otros teléfonos que nadie ha podido desconectar.

—Ya lo supongo, pero de ese modo Simmons gana unos minutos que le pueden ser vitales. No sé exactamente para qué, porque aún desconozco sus intenciones, pero todo obedece a un plan bien tramado. Vamos arriba.

—De acuerdo. Tiene razón.

Pero de pronto el médico se detuvo. Dijo:

—Permítame.

Y se inclinó para recoger algo. Ray murmuró:

—No sabía que usted fumara en pipa, doctor.

—Sí. Es una vieja manía.

Y se la guardó en el bolsillo superior de la bata.

—¿La guarda cargada?

—Tiene razón.

El médico vació el tabaco de la cazoleta en la mano izquierda. De pronto parecía absorto. De una forma meticulosa volvió a cargar la pipa.

Era un movimiento que parecía llenarle de tranquilidad. De calma en sí mismo.

Ray sabía muy bien que determinados maniáticos necesitan cumplir con una especie de rito. Sabía que algunos actos no tienen importancia para ellos si antes no realizan determinadas cosas. Y recordaba perfectamente lo que había leído en la ficha de Simmons: el detalle de que cargaba y descargaba la pipa de una forma maquinal mientras se le avecinaba la crisis.

Los ojos de Ray ni siquiera parpadearon.

Hubo en su expresión una calma glacial, una frialdad que parecía la de una esfinge. Con una voz perfectamente impersonal, perfectamente opaca, preguntó:

—¿Nadie sospechaba que el doctor Nichols había muerto? ¿Nadie ha llegado a imaginar que aquí el que manda es el doctor Simmons?

El hombre que estaba ante él pestañeó un par de veces, pero ésa fue toda su reacción.

Ni siquiera dejó la pipa. Con voz impersonal murmuró:

—No, nadie lo imagina.

—Por eso es imposible encontrar a Simmons oculto en los recovecos de la clínica, ¿verdad? Porque a Simmons lo ve todo el mundo con la cara del doctor Nichols…

—Sí, eso es. Y le aseguro que me sorprende que lo haya averiguado tan pronto, Ray. Es usted la primera persona a quien se le ocurre.

—Bueno… Quizá también se le debió ocurrir a la enfermera a la que usted mató. La de los ojos de pez. La que luego estaba en uno de los coches en el *parking*.

Ray estaba junto a la puerta y Simmons junto a la mesa. Ninguno de los dos hizo un gesto. Sus expresiones impasibles no cambiaron.

Dominaban perfectamente sus nervios.

Parecía mentira que entre ambos flotase la muerte.

—Quizá le convenga saber que, en efecto, Nichols y yo cambiamos nuestros papeles —dijo Simmons con una tranquilidad glacial—. Claro que él no lo hizo por su propia voluntad, dado que previamente tuvo el buen gesto de dejarse asesinar. Él fue designado director de esta clínica hace poco por el consejo de propietarios de la misma, que reside en Edimburgo, y cuyos miembros, por lo tanto, no vienen por aquí. Nichols, que acababa de llegar de los Estados Unidos, tenía muy buena fama científica, pero nadie le conocía personalmente en Gran Bretaña. Por lo tanto su cara, para la gente de aquí, era una cara casi anónima. Pocos la conocían. Podía ser la cara de cualquier hombre.

—Entiendo —dijo Ray, mientras rechinaban sus dientes—. ¿Y fue él quien le nombró su ayudante?

—Sí, pero lo hizo por lástima —dijo Simmons con ojos brillantes de rencor—. Por asquerosa lástima. Nadie me quería y él hizo el gesto de apiadarse de mí. No se lo perdoné nunca.

—Los seres rastreros nunca perdonan a los que son generosos con ellos —dijo Ray con voz tensa—. Su orgullo les hace aceptar un favor como si fuera una ofensa. Y usted es un rastrero, Simmons, además de un loco. Nunca debió salir de aquel sanatorio mental. No

hace falta que me explique las motivaciones de sus actos.

Ahora fueron los dientes de Simmons los que chirriaron.

Se estaba excitando peligrosamente, aunque en una pelea abierta él no tenía nada que hacer.

—Creyó que me daba una limosna —dijo—, pero yo supe desde el primer momento que podía demostrar mi inteligencia a todos. Mi inteligencia muy superior a la de Nichols. Llegamos el mismo día, y recuerdo que no hizo ninguna presentación oficial. Simplemente pasó revista a la clínica. Por la noche nadie sabía aún exactamente quién era el director y quién el ayudante, puesto que yo cuidé de fomentar el confusionismo con frases de doble sentido. Y apenas el sol se había puesto… lo liquidé. Lo hice en la sala donde tenemos los casos clínicos conservados en alcohol y en aldehído fórmico, y en las horas siguientes trabajé de un modo febril. La cabeza, los brazos y las piernas las convertí en ceniza en ese horno crematorio que hay a poca distancia de aquí, en la sala de embalsamamientos. El tronco no cabía por la boca del horno, y entonces lo situé en uno de los recipientes como si fuera la muestra de un caso clínico muy especial. Hice unas anotaciones en la ficha colocada junto a la «muestra». Y para justificar la repentina aparición de aquel tronco humano, dije que lo había traído, para acabarlo de estudiar, desde un hospital de Edimburgo. Aquella misma noche cambié las fotografías de nuestras fichas y las entregué a la enfermera para archivarlas. Yo me convertí en Nichols. Y Nichols en un Simmons que había desaparecido para siempre.

Hizo una pausa mientras respiraba afanosamente. La excitación que sentía iba *in crescendo*. Sus manos temblaban.

Y sin embargo, Ray seguía inconmovible como una estatua. Fue él quien preguntó:

—¿Nadie llegó a sospechar?

—¿Por qué habían de hacerlo? Nunca se sospecha de un médico de prestigio y que viene avalado por todas las bendiciones. Lo del tronco humano que dije haber traído, tampoco era anormal.

—Me refiero a lo de Simmons. ¿Por qué no lo buscaron eficazmente? ¿Nadie pensó en avisar a la policía?

—Yo lo prohibí expresamente. Dije que eso podría redundar en perjuicio de la clínica y que ya me encargaría yo del asunto. Por otra parte, Simmons no asustaba de momento a nadie, porque nadie

daba con él. La única persona que llegó a conocer la verdad fue la enfermera de los ojos de pez de que usted ha hablado, pero ya fue demasiado tarde…, sobre todo para ella. Casualmente debía haber visto una cicatriz en el pecho de Nichols cuando él vino a la clínica, y de pronto se fijó por primera vez en que aquella cicatriz también estaba en el tronco sumergido en el líquido… A partir de ese momento estaba condenada a muerte. Tenía que acabar con ella.

—Entiendo que con ese plan se sintiera seguro durante unos meses, Simmons; pero ¿qué esperaba? ¿No se daba cuenta de que cualquier día llegaría un colega que conociese personalmente a Nichols? ¿O uno de los propietarios que viven en Edimburgo? Tenía la espada de Damocles colgando sobre su cabeza, maldito bastardo. ¿No había pensado en eso?

—¡Claro que lo había pensado! ¿O es que usted también es de los que dudan de mi inteligencia, sucio policía? Pero con un poco más de tiempo tenía suficiente para mi proyecto.

—¿Proyecto? ¿De qué?

—De mi venganza.

—¿Venganza?

—Claro… —dijo febrilmente Simmons—. ¿No lo recuerda ya? ¿O acaso no le ha dado importancia? ¡Todos son así! ¡No dan importancia al sufrimiento o la deshonra de los otros! ¿No ha pensado en los años que yo pasé en la clínica mental? ¿Y en el jurado que me hizo expulsar del Colegio de Médicos por sospecha de asesinato? No se equivocaron, no… Yo había matado a una mujer, pero ellos, insignificantes muñecos, basura infecta, seres inferiores, no eran quienes para juzgarme. ¡Y me condenaron, sin embargo! ¡Se atrevieron a torcer mi destino con sus torpes voces! ¡Por eso decidí matarlos! ¡Por eso juré que ni uno de ellos quedaría vivo! ¡Y lo conseguiré! ¡Claro que lo conseguiré! ¡No todos han muerto!

Ray apretó los labios con lástima y con repulsión a la vez. Porque estaba ante un loco, pero un loco orgulloso y altivo, un verdugo que se creía un ser superior, un profeta, un sabio, una mezcla de Premio Nobel y de alcaide de un penal, una extraña y a la vez diabólica combinación de Einstein y de Hitler.

—¿A eso obedecían las entradas y salidas de los muertos? —susurró.

—Veo que adivina muchas cosas, Ray… No es tan tonto como los otros policías… Sí, a eso. Cuando yo podía disponer de un cadáver durante una noche, lo trasladaba a la casa del cerdo o de la zorra a los que tenía que matar. No era tan difícil contando con el *parking*.

—¿El *parking*?

—¡Claro! ¡Es elemental! ¡No podía sacar a una persona muerta desde la clínica y volverla a entrar! En cambio desde el *parking*, por la noche, resultaba muy sencillo. Yo lo hice construir utilizando el dinero que me habían dado, o que habían dado a Nichols, pero es lo mismo, para comprar modernos aparatos con destino a la clínica. Por lo tanto, era su dueño legal. Al empleado de noche lo seleccioné yo, y como el *parking* quedaba vacío después de las diez, le solía dar permiso para que saliera a echar un trago, o incluso le autorizaba a cerrar, aunque yo tenía una llave, naturalmente. De ese modo podía entrar y salir llevando un muerto en un coche cuando quisiera. Mientras me movía en el interior del *parking* con el muerto aún en el coche, usaba una túnica y capucha para que nadie me reconociese. Y porque además un fantasma de esa clase y en un ambiente así, hace desistir de sus averiguaciones a cualquiera… Pero esta noche el empleado ha metido las narices más de lo conveniente. No me ha quedado más remedio que acabar con él.

Ray había apretado los músculos.

La ira hacía que se marcaran profundamente los músculos de su cara.

—¿Pero para qué necesitaba los muertos? —susurró—. Aunque tal vez pueda adivinarlo… ¿Lo hacía para dejar allí sus huellas? ¿Para que la policía jamás llegara a descubrir quién era el criminal?

—Pues claro… Ya le he dicho que usted no parecía tan tonto como los otros policías, Ray. Con ese plan demostraba mi inteligencia sobre Scotland Yard y sobre todos… ¡Jamás averiguarían nada! Incluso uno de mis problemas, que era la falta de cadáveres en el momento en que los necesitase, se resolvió cierta vez casualmente… Mientras revisaba las obras del *parking* por la noche, vi un perro que escarbaba en un hoyo. Indagué allí y descubrí un cuerpo acabado de sepultar. Era una mujer muy bonita… Lo metí en mi coche, aprovechando la oscuridad, y lo empleé para dar el primer paso de mi venganza…

Liquidé a una mujer. Luego el cuerpo de Silvia Coster, que así se llamaba la sepultada, fue enviado en pedazos, como «material anatómico sobrante» a la Facultad de Medicina. Allí siempre se agradecen esos «regalos» procedentes de las clínicas. A los restos se les hizo la disección, y en estos momentos, de la pobre Silvia no debe quedar ni las uñas. Jamás se encontrará su rastro. Je, je… ¡Ni las uñas!

Sus manos se crisparon en el aire.

Había llegado al colmo de su excitación.

De su triunfo.

Algunos de los miembros del jurado que le condenaron habían muerto. Iban a morir los otros. Siempre dispondría de cadáveres no reclamados en la clínica para su diabólico plan.

Sólo aquel policía entrometido estorbaba. Sólo aquel tipo… ¡que también iba a morir!

¡Porque estaba justamente en el umbral de la puerta donde había sido atrapado Fairbanks!

Simmons disparó la palanca con un gesto de triunfo.

La puerta se cerró con un chasquido siniestro.

CAPÍTULO XV

¡Y sin embargo, Ray no quedó atrapado! ¡Había logrado saltar!

¡Era inexplicable!

¡Ni que hubiera adivinado los pensamientos del loco!

—No era tan difícil —dijo Ray mientras avanzaba hacia él—. El cuerpo de Fairbanks tiene una clavícula rota y parte del tronco hundido. La puerta tiene un muelle bien visible.

Hasta el más tonto podría adivinar lo que aquí ha sucedido.

Y volcó la mesa. Simmons estaba aterrado.

Su boca babeaba. De pronto toda su seguridad, todo su aire triunfal, se habían esfumado. Sujetó un bisturí con movimientos espasmódicos. Lanzando un grito, saltó hacia adelante.

Ray esquivó con facilidad, saltando de costado. El bisturí dejó en la pared una raya siniestra. Se oyó otro grito.

Y una maldición.

Ray había sujetado unas tijeras porque no tenía nada más a mano. Hizo una finta mientras de su garganta escapaba un gruñido gutural.

El bisturí voló de nuevo hacia él.

Tuvo que hacer otra finta angustiosa para esquivarlo. Y Ray se lanzó entonces a fondo.

Un relampagueo.

Un grito.

Las tijeras se habían hundido hasta el fondo del corazón del asesino. Sin sacarlas, Ray las abrió. La desgarradura fue espantosa.

Mortífera.

Ya no había que pensar más en el cuerpo crispado que cayó con las manos agarrotadas en el aire.

Ray giró la cabeza. Sus ojos estaban entrecerrados. En sus labios palpitaba un temblor ansioso.

¿Y Nora? ¿Dónde infiernos estaba Nora?

Bruscamente salió de allí como si le empujara el diablo. Abrió como un torbellino dos puertas. Tres… De repente se detuvo en el umbral de la tercera.

Se dio cuenta de que todo dependía de un minuto, de unos segundos tal vez.

La parafina adquiría ya una temperatura insoportable. El precioso cuerpo de Nora se estremecía en violentos y desesperados espasmos. Su boca ya apenas sobresalía de aquel líquido del diablo.

Ray la sacó sujetándola por el pelo. La derribó por tierra. De su garganta escapó un grito de angustia, pese a saber que había llegado a tiempo.

Con un gesto seco le quitó la mordaza.

Y lo primero que ella dijo fue:

—Ya está bien de mirar… Podrías haberme dado algo para taparme…

Ni las gracias siquiera.

Y a eso se le llama «una señorita decente».

Ray, sin disimulos, la atrajo hacia sí mientras murmuraba:

—Soy un poco miope… Me parece que las cosas para taparte no las voy a encontrar hasta dentro de dos meses…

FIN



Silver Kane, seudónimo de Francisco González Ledesma (Barcelona, 1927-2015) fue un abogado, periodista y escritor.

El primer reconocimiento le llega en 1948 cuando gana, con Somerset Maugham y Walter Starkie en el jurado, el Premio Internacional de Novela gracias a Sombras viejas. Pero la obra premiada es censurada por el régimen franquista y se frustra el prometedor futuro del autor.

Coartado por la dictadura, González Ledesma empieza a escribir, bajo el seudónimo de Silver Kane, novelas populares para Editorial Bruguera. Desencantado de la abogacía, estudia periodismo e inicia una nueva etapa profesional en El Correo Catalán y, más tarde, en La Vanguardia, alcanzando en ambos periódicos la categoría de redactor jefe.

En 1966 fue uno de los doce fundadores del Grupo Democrático de Periodistas, asociación clandestina durante la dictadura en defensa de la libertad de prensa.

En 1977, con la consolidación de la democracia en España, publica Los Napoleones y en 1983 El expediente Barcelona, novela con la que queda finalista del Premio Blasco Ibáñez y en la que aparece por vez primera su personaje emblema, el inspector Méndez. En

1984 obtiene el Premio Planeta con Crónica sentimental en rojo y la consagración definitiva.

Como abogado ha recibido el premio Roda Ventura y como periodista el premio El Ciervo. En 2010 se le otorgó la Creu de Sant Jordi por su trayectoria informativa y por la calidad de su obra, de proyección internacional.

Con el seudónimo de Enrique Moriel ha publicado La ciudad sin tiempo (2007) y El candidato de Dios (2008).